

LA GRANJA

RALPH BARBY

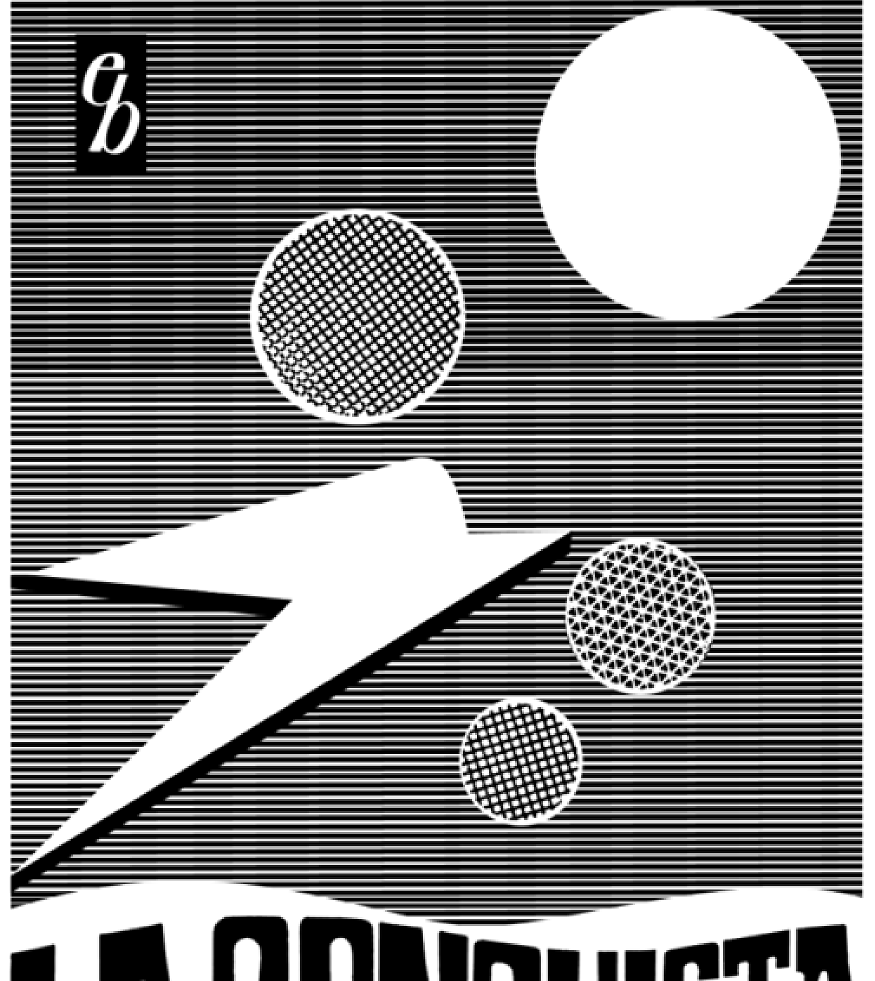
CIENCIA FICCION



LA GRANJA

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

315. — Amenaza en la colonia espacial. Marcus Sidéreo

316. — No estamos solos. Ray Lester.

317. — El traficante. Glenn Parrish.

318. — Herederos del espacio.Marcus Sidéreo.

319. — «Fase once». Curtís Garland.

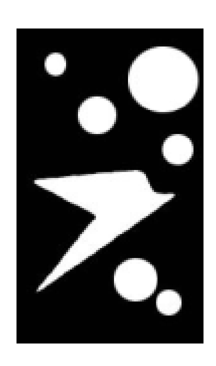
RALPH BARBY

LA GRANJA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.o320

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 30.903 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: setiembre, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple

coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPITULO PRIMERO

Parrish miró de frente, a los ojos, al director del Independent Tele-Informative.

Paulson no sólo aguantó la mirada escrutadora del sagaz reportero que había abandonado por propia voluntad el cuerpo de la Astromilicia para vivir una vida como reportero independiente, sino que se la devolvió con gran intensidad. Tenía unos ojos oscuros y fríos, como un pozo repleto de hielo marciano.

A Parrish no le agradaba trabajar para la agencia Independent Tele-Informative; solía vomitar los peores escándalos y estaban metidos en muchos pleitos judiciales por acusación de calumnias.

Con aquella mirada, Paulson pareció darse cuenta de lo que pensaba el relativamente joven Parrish. Sonrió, abrió una caja y sacó de ella un cigarro del tipo clásico, con una vitola que ostentaba el sello de la agencia. Pinchó la punta del cigarro con un saliente agudo de su anillo v se lo puso luego entre los dientes, sin ofrecerle a Parrish.

—Sé lo que piensas de mí y de mi agencia —le dijo—; lo sé muy bien. Sé lo que piensas tú y mucha gente, pero mis informativos son los que gozan de mayor audiencia.

Parrish se echó hacia atrás en la butaca. Tocó un botón del brazo de la misma y se puso más cómodo. Sacó un cigarrillo de su casaca verdinegra y respondió lacónico:

—Lo sé.

—¿También vas a decirme que he prostituido mi agencia y que ése es el motivo de tener más audiencia?

—A la gente le gusta lo crudo y conocer los vicios de los demás; luego, si se ha vendido muy bien la noticia, no importa tener que rectificar. Desde que el mundo es mundo, ha sido así y seguirá de esta forma. Desde los primitivos periódicos, llamados de la «prensa amarilla», hasta los asépticos y tecnificados sistemas de información de nuestro sigloXXII, es lo mismo. Usted sabe lo que la gente quiere y como dárselo.

Los dientes de Paulson rieron alrededor del grueso cigarro. Pulsó un botón y brotó un rayo luminoso que tocó la punta del cigarro, poniéndolo incandescente. La fina llama, de intensa luminosidad, quedó cortada y casi de inmediato se elevó hacia el techo una tenue columna de humo blancuzco que no tardaría en ser absorbida por los acondicionadores que purificaban el aire del despacho.

—Sí, ése es mi triunfo; saber lo que a la gente le gusta y dárselo. Yo hago que la gente se estremezca, que se sienta viva, que no se aburra. La humanidad ha tenido siempre vocación de intelectual y, aunque no quiera admitirlo, la intelectualidad sólo queda para unos cuantos que merecen todo mi respeto y gracias a los cuales se mantienen limpias o se desmistifican las filosofías. Pero ése es un trabajo reservado para personas que nunca tendrán una gran audiencia en vida, a menos que empiecen a hacer payasadas para llamar la atención y así convertirse en noticia. Después, cuando están a solas, se derrumban en sus despachos porque se dan cuenta de que aunque son aplaudidos y celebradas sus ocurrencias, sólo interesan sus payasadas. En fin, no voy a hacer filosofía yo ahora; vamos a lo nuestro. Tengo un trabajo que ofrecerte, Parrish, y cuando se trabaja para mí, pago bien.

—¿Está seguro? —preguntó Parrish irónico, bien arrellanado en su butaca. Podía permitirse el lujo de rechazar aquella proposición.

—Sí, siempre que el trabajo sea bueno. Algunos de mis reporteros te habrán dicho que les pago mal, eso siempre según su versión, pero es que suelen darme trabajos malos y, en ocasiones, me cuesta mucho pagar los pleitos que ellos me provocan, porque, como comprenderás, no puedo comprobar todas las noticias que me pasan.

—Sí, y cuanto más dura, más dramática, más calumniante, tanto mejor, así tendrá mayor audiencia. Después, ya se encargarán los

abogados de todo el papeleo judicial y, si hay que pagar una multa, se paga y listos.

—Lo admito, pero si yo soy un cínico, tú no me vas demasiado a la zaga. Te conozco; trabajaste para mí en tus primeros balbuceos en el mundo informativo.

—Yo no aumenté el Debe de la agencia con ninguna multa y, aunque también di con mis huesos en los tribunales, salí indemne de ellos y con la razón a cuestas.

—Es cierto, eres un cínico, pero un cínico sincero y limpio, por ello te he buscado. Te voy a pagar muy bien, mejor que nadie. Quiero un reportaje que ponga los pelos de punta, pero que al propio tiempo sea serio, veraz y consistente. Que guste a todo el mundo y que los intelectuales tengan que tragárselo.

—Comprendo. Quiere que su agencia recobre algo del prestigio perdido y que no sea tachada sólo como el informativo de los morbosos y envidiosos.

—Algo así. Por muy mala que sea una agencia informativa, tiene que buscarse algún éxito, de lo contrario es devorada por la competencia. No es que yo esté ahora en situación difícil, pero huelo un éxito a cien años luz y no quiero perdérmelo.

Parrish sabía que Paulson ya era bastante mayor. Todo su cabello era blanco y sus dos piernas y el brazo izquierdo eran implantaciones completamente artificiales.

También había sufrido varias intervenciones de cirugía estética y no iba a extrañarle si le decían que algún órgano suyo era artificial también, y funcionaba mediante el fluido que le proporcionaba la minipila atómica que llevaba a cuestas, introducida en las cavidades de una de sus piernas artificiales.

Paulson había sido un gran reportero y, de serle posible, lo que quería ofrecer a Parrish hubiera tratado de hacerlo él mismo; pero ya tenía demasiados años y accidentes encima. Sabía que no estaba en condiciones de hacerlo y en aquellos momentos ya no luchaba por sí mismo, por su propia vanidad, sino por la subsistencia de la agencia Independent Tele-Informative, creada muchos lustros atrás por su padre.

—Cuando me marché de aquí, le dije que no volvería a trabajar para esta agencia.

—Sí, lo recuerdo. —Paulson hizo un gesto de desgana, moviendo la mano abierta de arriba abajo—. Todos tenemos momentos de mal humor y tampoco temas perder el prestigio que ahora posees apareciendo en mi informativo si el trabajo es bueno. Mira, Parrish, yo seré lo que quieras, un granuja o lo que te dé la gana, soy así y no puedo cambiar, pero si yo pudiera hacer este trabajo, no te lo daría a ti, y no es porque piense que vayas a hacerlo peor; sería para asegurarme el éxito. Ya sabes que yo hablo claro. Te ofrezco un trabajo arriesgado en el que no te van a dar ninguna facilidad. Todas las puertas se cerrarán en tus narices y, si no saltas a tiempo, te las van a romper.

—Me está poniendo la miel en los labios, Paulson.

—Sabía que aceptarías.

El director de la agencia informativa rió ligeramente y ahora sí abrió la caja de cigarros para ofrecerle uno a Parrish, pero éste lo rechazó con la mano al tiempo que puntualizaba:

—Todavía no he aceptado.

—¿Cuánto quieres?

—Primero he de saber de qué se trata.

—Si te lo digo, sabrás tanto como yo; podrás rechazarlo y hacer luego el trabajo por tu cuenta.

—¿Me cree capaz de esa faena?

—Está bien, no me queda otro remedio que fiarme de ti. —Se inclinó sobre la mesa con superficie de madera, pues rechazaba las frías de cristal o metálicas y prosiguió—: Quiero un reportaje minucioso, claro y contundente, sobre lo que está ocurriendo en BP-72.

—¿BP-72? Eso está lejos de la Tierra —observó Parrish, algo frío.

—Sí, está lejos de aquí, por eso es más difícil averiguar lo que ocurre allá.

—¿Y qué supone que está sucediendo en BP-72? Sólo es un planeta convertido en colonia minera con autonomía fabril y agrícola, si no me falla la memoria.

—He averiguado que las noticias que llegan de allí están censuradas.

—Eso es ilegal.

—Si es ilegal será más noticiable, ¿no crees, Parrish?

—¿Quiere hacer saltar de su sillón a algún cargo de la Confederación Terrestre?

—No, pero si, de rebote, salta alguien, el reportaje será más interesante.

—Comprendo. A usted no le importa el escándalo, todo lo contrario.

—Esta vez quiero que sea una cosa seria; no deseo provocar una histeria colectiva. Tengo mis razones para pensar que algo grave se está gestando en BP-72 y que no trasciende a las agencias de información.

—¿Ha habido filtraciones en los despachos de los ejecutivos del gobierno de la Confederación?

—Sí, las ha habido.

—Necesito saberlas. Si no sé lo que voy a buscar, mal puedo encontrarlo.

—¿Conoces al coronel Hetzger?

—¿Cómo no? A Hetzger lo conoce mucha gente. Hombres como él los ha habido en todos los siglos: duros,' implacables, fríos y hasta sádicos. No se estremecería lo más mínimo si pulsando un botón convertía en cenizas a todo un colegio de niños y además lo estuviera presenciando cómodamente. Si lo que hace lo considera su deber, no vacila ante nada. Es un fanático y un segregacionista. No soporta a los seres de otros planetas y ahora que pienso, según un tratado de la Confederación Galáctica, en BP-72 trabaja una colonia de sonelitas, los humanos de Sonel, el asteroide destruido en la guerra interestelar que tuvo lugar a principios del siglo xxn del calendario terrícola.

—Exacto, ¿y por qué se rumorea que van a mandar a BP-72 al coronel Hetzger, siendo tan segregacionista y drástico en sus medidas y habiendo allí una colonia de sonelitas?

—Si no desearan complicaciones con el tribunal de la Confederación Galáctica, que nos puede acusar a los terrícolas de violar los tratados, sería más sensato mandar a otro hombre a BP-72 y no a Hetzger, precisamente.

Los dos hombres quedaron pensativos unos instantes. Ahora era Paulson quien observaba más atentamente el rostro de Parrish, buscando en cada uno de sus gestos la respuesta que el joven periodista y ex astronauta de la milicia de combate interestelar podía darle. Al fin, apartando su cigarrillo, el joven le objetó:

—Puede ser sólo una corazonada de su parte, Paulson, y no vivimos en un siglo de corazonadas. Estamos inmersos en un mundo de cálculos perfectos por parte de computadoras biónicas auto controladas.

—Por fiables y perfectas que sean, siempre responderán de acuerdo con la memoria que reciban y, si no se las alimenta con datos, mal pueden vomitar respuestas. En cambio el ser humano, con su cerebro, puede recurrir a lo que se ha venido llamando corazonada.

—De acuerdo, Paulson, usted gana. Tiene muchos defectos y si viera que alguien le escupe a la cara, no le defendería porque supondría que quien lo hace tiene sus razones; pero no puedo negarle que posee la facultad de olfatear los problemas susceptibles de convertirse en noticias de gran boom.

—¿Entonces?

—Acepto.

—Magnífico.

Paulson pulsó un botón y un rectángulo plano se iluminó en la mesa, frente a Parrish.

—Firma.

Parrish se inclinó y leyó el escrito aparecido en el rectángulo luminoso.

—Parece que esta vez se ha vuelto generoso —opinó.

—Sé pagar lo que es bueno, porque después me dará mejores y más sabrosos beneficios —respondió Paulson echándose hacia atrás, seguro de que Parrish sellaría el pacto en aquel mismo momento, sin

más problemas.

Parrish sacó su placa de identidad y la colocó encima del ángulo derecho inferior del rectángulo. Sobre la placa, apoyó las yemas de sus dedos. Aguardó unos instantes y, cuando retiró la mano, todo, incluso las huellas, habían quedado impresas en el rectángulo luminoso que luego se apagó y micromagnetizado pasó a la memoria de la computadora de la agencia Independent Tele-Informative.

—Listos, ya puedo empezar a trabajar. Veremos qué sucede en BP-72. Procuraré traer la verdad, aunque si está de por medio Hetzger, no tardaré en tener problemas.

—Los problemas ya los tienes, Parrish.

—¿Ah, sí?

—Por motivos de seguridad, pues según dicen existe una vasta nube de polvo radiactivo sideral, están prohibidos los viajes a BP-72.

—¿De modo que no se puede viajar hasta allá?

—Eso es lo que me han contado —respondió cínicamente, con una sonrisa divertida alrededor del puro. Era como un viejo gato deseoso de averiguar cómo podía escapar el ratón de la ratonera en que había logrado meterlo con sus mañas.

—Si no se puede viajar a BP-72, ¿por qué me envía allá para hacer un reportaje?

—Yo contrato al mejor de los reporteros que puede viajar por los espacios siderales. No tengo por qué decirle los métodos que debe emplear para llevar a cabo su trabajo. Se supone que es asunto suyo conseguir la información y la forma de llegar al punto conflictivo.

—Ya imaginaba que se traía algo entre manos. No podía estar todo limpio, no habría sido digno de usted, Paulson.

—Bueno, bueno, no te vayas a enfadar ahora. Yo suponía que no te ibas a arrugar ante la primera dificultad.

—De acuerdo, acepto el desafío.

—Perfecto, es lo que esperaba. De todos modos, no creas que te dejo solo frente a las fieras. En BP-72 tengo un enlace. Si te pones en contacto con él, te facilitará las cosas cuando estés en ese maldito

planeta.

—¿Un enlace? ¿Y por qué no le manda él las noticias?

—Carece de los medios técnicos para enviar una buena información. Tiene útiles arcaicos con los que, a lo sumo, se pueden mandar mensajes dentro de un sistema solar y con un retraso de tiempo tan grande que cuando llegaran aquí las noticias ya estaríamos muertos.

—¿Y cómo le ha enviado mensajes anteriormente?

—Camuflados dentro del sistema oficial de información. Ya sabes que en BP-72 sólo funciona un canal de tele información. Es oficial, pero si se conoce una clave, se pueden esbozar ciertos mensajes.

—De acuerdo, es válido. Y ahora, ¿me va a revelar la forma de ponerme en contacto con ese personaje de BP-72?

—El nombre clave es Comet, pero ándate con cuidado porque corre peligro de exterminio y tú seguirías la misma suerte si no tomas precauciones. Como te detecten, vas a ser considerado el más peligroso de los espías. Nadie quiere que trascienda lo que está ocurriendo en BP-72 porque allí se puede desencadenar una guerra sorda y feroz y todos quedaríamos implicados.

—Espero que eso no llegue a ocurrir jamás; sin embargo, los sonelitas no creo que puedan darnos nunca demasiadas complicaciones.

—Puede que estés equivocado, Parrish. Los sonelitas pueden haber conseguido, sin que hayamos tenido tiempo de enterarnos, algún arma secreta y terrible que ahora quieran utilizar en contra de nosotros los terrícolas. Ellos son una minoría que estuvo a punto de ser aniquilada por la guerra interestelar. Gracias a los pactos conseguidos en el seno de la Confederación Galáctica, se salvaron, pero se vieron obligados a convivir con los terrícolas en BP-72, pues se quedaron sin su planeta originario, que resultó destruido durante la guerra. Nunca nos lo perdonarán; hemos de contar que los sonelitas siempre tendrán contra los terrícolas un rencor más o menos disimulado, pero un rencor que exigirá venganza por mucho tiempo que pase y aunque unas generaciones se sucedan a las otras.

Parrish sabía muy bien todo lo que le estaba diciendo Paulson, pero como todos en el mundo de los terrícolas, había supuesto que la minoría sonelita jamás se abocaría a una nueva aventura bélica, ya

que habían quedado reducidos a una colonia minoritaria en la que, según los pactos de la Confederación Galáctica, gozaban de los mismos derechos y prerrogativas que los terrícolas que explotaban las riquezas de BP-72; mas era evidente que algo había cambiado, si enviaban a BP-72 al mismísimo coronel Hetzger, el implacable, duro y frío comandante de la Legión Flash.

CAPITULO II

Parrish había realizado varios tanteos para emprender el viaje hacia BP-72 y se había encontrado con un muro de evasivas, largas e incluso claras negativas, apoyadas en los más variados y fútiles motivos.

Había hecho tentativas en todos los canales normales para evitarse tener que emplear métodos que le pusieran al margen de Ja ley, más la barrera había resultado infranqueable y no le quedaba otro remedio que exponerse.

Probó con los sobornos a empleados de agencias de viajes interplanetarios y tampoco tuvo suerte. Parrish poseía un vehículo interplanetario autónomo de gran velocidad, pero resultaba a todas luces insuficiente para hacer un viaje interestelar. Aquellas grandes, monstruosas y apabullantes distancias, sólo se podían salvar mediante la desintegración en neutrinos de los viajeros, equipajes y nave.

El fluido de neutrinos podía viajar por el espacio en línea recta sin obstáculos, pues sin variar lo más mínimo su trayectoria hacia el objetivo, atravesaba la solidez de los planetas y los núcleos infernales de los soles.

Una vez descubierta la conversión de los cuerpos en neutrinos y posterior reconversión de los mismos sin problemas, se había desechado el viejo sistema de viajar en forma de rayo lumínico a la velocidad luz, un sistema lento y con problemas, ya que en muchas ocasiones el simple cruce de un meteorito en la trayectoria de los viajeros convertidos en rayo lumínico, había bastado para provocar el desastre, perdiéndose el haz de luz y desapareciendo para siempre los que habían sido transformados en luz, porque, disgregado el fluido por el espacio infinito, había sido totalmente imposible la reconversión al estado natural, fuera sólido o líquido.

En cambio, con el fluido de neutrinos, no se corría tal riesgo.

Parrish comenzaba a desesperar. Todo eran trabas e inconvenientes; pasaba el tiempo y no conseguía la forma de viajar hacia BP-72.

Tras soltar una buena cantidad de galimarcos, la moneda de uso interestelar, Parrish logró enterarse de que durante las noches, para no llamar la atención, llegaban al centro de viajes interespaciales hombres y material de la Legión Flash.

Los hombres del coronel Hetzger iban vestidos de negro, con brillantes correajes y cascos de dura línea, muy preparados para el combate.

La Legión Flash no poseía las potentes y destructivas armas de la Milicia Astral, capaces de desintegrar a todo un planeta convirtiéndolo en polvo espacial; sin embargo, tenían un completo equipamiento de armas cortas y medias.

Su pequeño subfusil ultrasónico, en cuestión de segundos, podía derruir cualquier muro, aunque fuera de hormigón armado, y derribar la cresta de una montaña, haciéndola caer ladera abajo.

Se suponía que la Legión Flash no hacía la guerra, pero en la paz podía someter a los habitantes de cualquier planeta empleando la máxima dureza. Eran hombres muy preparados que conocían su trabajo a la perfección y la disciplina ciega era su lema.

Empleando sus galimarcos, Parrish obtuvo un uniforme de miembro de la Legión Flash en un *shop* de ropas usadas y variadas, donde lo mismo se podía encontrar un uniforme del tiempo napoleónico que el atuendo de un limpia-colectores.

Allí se abastecían los aficionados al teatro y videocinema para vestirse según correspondía a la obra a representar.

Parrish sabía que vestir el uniforme de la Legión Flash por la calle podía costarle una sentencia de dos años de trabajos forzados en cualquier colonia minera extraterrestre, pero estaba dispuesto a correr aquel riesgo.

La visera del casco era oscura, para filtrar cualquier tipo de rayo que se dirigiera contra el rostro de aquellos hombres que venían a componer una especie de policía político-militar y que era utilizada para abortar insurrecciones de pequeño alcance.

Confiaba que no le descubrieran; para ello tenía que acercarse con

mucho cuidado a uno de aquellos pelotones que llegaban cada noche a la Estación Astral para viajar muy lejos de la Tierra, de su Sol.

Se había apostado cerca de la Estación Astral y tenía colgado sobre el pecho, un tanto dirigido hacia el costado derecho, el subfusil de ultrasonido. Era una perfecta imitación del auténtico, pero éste tenía la desventaja de que no funcionaba. Sólo era apto para representaciones autorizadas; sin embargo, cualquiera que le diera una ojeada lo habría de temer, suponiendo que era real.

Cuando vio llegar a los dos *hover-craft* acorazados que componían el pelotón patrullero, Parrish se colocó junto a la pista por la que iban a pasar los vehículos circulando a unos cuatro pies del suelo sin tocarlo.

Hizo una señal con la mano al primero de los vehículos, como indicándole que podía seguir adelante. Como se había propuesto, lo tomaron por un miembro de la Legión Flash.

Al pasar el segundo vehículo, de un salto se encaramó sobre el costado de uno de los veloces acorazados. Se puso en pie, haciéndose muy visible, pero nadie le dijo nada y así, guardando el equilibrio, demostrando que era un hombre ágil y fuerte como tenía que ser forzosamente cualquiera de los que componían la Legión Flash, se introdujo en la Estación Astral.

Antes de que le abordara un oficial haciéndole preguntas, saltó al suelo. Se acercó a la base de partida donde el material y los hombres eran colocados para ser convertidos en neutrinos mediante el bombardeo de meso-autrones.

El chorro de neutrinos salía proyectado después hacia su objetivo a través de un perfeccionadísimo cañón que lo disparaba en línea rectísima que atravesaba todo el espacio sideral sin que nada ni nadie pudiera detenerlo hasta llegar a la base de recepción, donde recuperaban su forma original abandonando el estado de energía neutrínica.

—¿Todo preparado? —preguntó a uno de los servidores de la Estación Astral.

—Sí, todo listo. Esta noche es el último envío por el momento.

—Ya —respondió Parrish un tanto ambiguo, pero dándose cuenta de que aquélla era su última oportunidad.

Si le descubrían, no sólo no podría viajar hacia BP-72, sino que lo trasladarían a cualquier asteroide, condenándolo a trabajos forzados.

—¡Legionario!

La interpelación iba dirigida a él, no le cabía la menor duda. En aquellos momentos vestía el uniforme de los legionarios Flash. Se volvió y se encontró cara a cara con el mismísimo coronel Hetzger.

El comandante en jefe de la Legión Flash no llevaba el casco reglamentario, sino que se cubría la cabeza con la gorra de plato con visera.

Aquel hombre tenía unas cejas largas y finas, rubias, casi blancas; sus ojos, por contra, eran oscuros, aunque Parrish sabía que eran más oscuros por las lentillas implantadas que llevaba sobre sus córneas para corregir su defecto óptico, pues Hetzger era miope desde la niñez.

Su mandíbula era cuadrada y no se veía vello en ella, era como si estuviera siempre perfectamente rasurado. Resultaba difícil, muy difícil, calcularle la edad a simple vista. De lo que no cabía duda era de que su personalidad resultaba durísima, implacable y carente de toda humanidad. Ante el sufrimiento del prójimo reaccionaba con la frialdad de una máquina.

—Coronel Hetzger —respondió cuadrándose militarmente al estilo de los legionarios Flash.

Previamente, había ensayado ante un espejo la forma de cuadrarse por si se le presentaba el momento. Ahora estaba en el instante difícil y frente al más peligroso y exigente de los hombres de la Legión Flash.

—Busca al capitán Duncan y dile que quiero verle.

—A la orden, mi coronel —respondió Parrish haciendo gala de una gran sangre fría, máxime cuando el subfusil que llevaba era una imitación. Esperaba que el coronel no lo descubriera.

La visera, bastante oscura, desdibujaba su rostro y la poca luz que había en aquel lugar evitaba que pudiera ser reconocido. Hetzger debía de conocerle, como muchos millones de seres que veían los tele informativos.

Tras saludar, se alejó unos pasos dándole la espalda, pero cuando

se hallaba a unas cuatro o cinco yardas, gritó:

—¡Legionario!

—Coronel —respondió, volviéndose de nuevo y cuadrándose.

Quedó tenso como la cuerda de un arco. Todo podía venirse abajo en aquellos momentos.

—¿Cuál es tu nombre?

Sin vacilar, contestó:

—Nicky Laughton, coronel.

—Bien, puedes buscar al capitán Duncan. Hay que emprender, cuanto antes, este viaje.

No conocía personalmente al capitán Duncan; podía identificarlo por sus estrellas, mas no se expuso. Se acercó a uno de los legionarios que habían llegado con los *hover-craft* acorazados y, abordándole, dijo:

—Legionario, el coronel Hetzger busca al capitán Duncan con urgencia.

El otro legionario salió a la búsqueda del capitán rápidamente y Parrish aprovechó para introducirse en el *hover-craft* por la escotilla lateral.

Ya dentro del vehículo, se acurrucó tras el último de los asientos. Cada uno de aquellos vehículos, además de nueve hombres con sus pertrechos, transportaba el material semipesado de medio alcance, que abarcaba toda la superficie de un planeta y su zona de influencia gravitatoria, pero no alcanzaba a otros astros.

Dos legionarios penetraron en el vehículo acorazado y éste se puso en marcha hasta colocarse en el lugar que le indicaron los técnicos de la estación de viajes interestelares.

Media hora más tarde, sintió un suave calor y todo se volvió muy luminoso ante sus ojos.

Había viajado en muchas otras ocasiones por la conversión y reconversión de la materia en neutrinos y conocía bien sus efectos. Al principio, producía unas ligeras náuseas, pero antes de que fueran más molestas se perdía la conciencia.

Después, era como morir para resucitar en el lugar de destino y así iba a ocurrir también en aquella ocasión, a menos de que tuviera algún desagradable percance. El viaje hacia el conflictivo planeta BP-72 había comenzado.

CAPITULO III

Experimentó de nuevo la sensación de náuseas v una! luz vivísima se fue haciendo tenue ante sus ojos. Tuvo conciencia de que volvía a ser materia, abandonando el estado de neutrinos. El viaje había concluido.

Si no se habían producido cambios, debía hallarse en BP-72, la colonia minera en conflictividad según lo que le había contado Paulson, el director de la Independent Tele-Informative.

El peligro de ser descubierto subsistía, con el agravante de que si era descubierto en el planeta BP-72, quedaría a merced de Hetzger, quien no le iba a perdonar que hubiera utilizado el uniforme de los legionarios Flash para camuflarse en el viaje.

Se acercó a la escotilla. Oyó voces y puso atención. Calculando que quienes hablaban no debían estar muy cerca, se deslizó al exterior. Se apartó del *hover-craft* acorazado y, con naturalidad, se dirigió a la salida, saludando a su paso a dos oficiales con los que se topó.

Escuchó la voz inconfundible de Hetzger, algo fina para su dura e implacable personalidad. Estaba junto a un oficial, repasando una lista. Temió que estuvieran! buscando el nombre que él había dado y que, por supuesto, no hallarían.

En la puerta de salida había un suboficial y cuatro legionarios vigilando la estación; si trataba de salir con el uniforme, le abordarían.

Buscó los vestuarios y se introdujo en ellos, descubriendo varios armarios metálicos entreabiertos. Buscó una ropa que le fuera bien y se la colocó, abandonando el uniforme de legionario Flash; pero no dejó éste en la taquilla vacía, sino dentro del basurero.

Después, fue hacia la salida vestido como un empleado más de la estación de viajes astrales. Nadie le dijo nada, todo era normal. Buscó

un autobús y se arrellanó en el asiento.

Minutos más tarde, entraba en la capital de la colonia minera.

La luz no era muy buena en BP-72. Era equivalente a la luz que podía recibir en su superficie el planeta Saturno del Sol.

La estrella alrededor de la cual orbitaba BP-72 era de inferior magnitud a la del Sol terrícola, mas no faltaba la temperatura necesaria. El planeta tenía un ecuador bastante caluroso y desértico y si bien al anochecer la temperatura descendía, durante el día el suelo se calentaba en exceso. Precisamente, en esas zonas, se encontraban las mayores riquezas explotables.

La ciudad se ubicaba en el hemisferio septentrional del planeta. La temperatura era suave, tirando a baja, pero más al Norte los hielos ya eran eternos, La vegetación, en todo el planeta, era algo escasa. La hierba tomaba siempre un color verde blancuzco y había bosques de coniferas plantadas por el hombre terrícola.

BP-72 distaba mucho de ser un paraíso o un lugar de vacaciones v relax, pero era un planeta bastante habitable tras las mejoras en flora y fauna que los terrícolas habían introducido en él, obteniendo éxitos que habían sorprendido.

Abundaba el ganado ovino, el bovino y el de cerda; también se habían soltado familias de pumas y de lobos, para que ambas especies habitaran con las demás en libertad, teniendo las fieras la misión de capturar, matar y devorar a las presas más débiles, torponas y viejas que podían ser un foco de enfermedades para el resto de las colonias animales. De este modo, habíase obtenido un equilibrio de flora y fauna, meticulosamente controlado por los ecólogos.

Parrish no había estado jamás en el planeta BP-72.

Era la primera vez que lo veía personalmente, aunque, como la mayoría de los terrícolas, lo conocía por algunos reportajes. Tenía una idea del planeta que resultaba muy parecida a la de la treintena de colonias mineras que poseía la civilización terrestre, en asociación con otras civilizaciones de la Galaxia con las que mantenía pactos bilaterales o pactos firmados en el mismísimo seno de la Confederación Galáctica, de la cual era miembro importante, aunque a la civilización terrícola se la consideraba sumamente belicosa y peligrosa, y siempre se la observaba con recelo.

El gobierno de la Confederación que unía a todas las razas

terrícolas, tenía gran empeño en mantener la paz; con el resto de las civilizaciones al precio que fuera y trataba de limar asperezas, costara lo que costase.

Explotar un planeta minero, en asociación con otras civilizaciones de la Galaxia, no resultaba fácil. Mientras otras civilizaciones poseían un carácter muy trabajador y laborioso, al estilo de los insectos, sin problemas ni dificultades, pues no actuaban con independencia ni protestas individuales, en las colonias de la civilización terrícola siempre surgían altercados debidos al carácter individualista y buscabullas del terrícola. Se aumentaba la disciplina y, por contra, ésta era rechazada con huelgas que otras civilizaciones más sumisas al mando por naturaleza y carácter, observaban con perplejidad primero e indiferencia después, yendo siempre a lo suyo.

Todo aquello lo sabía muy bien Parrish. BP-72 vivía en el régimen de explotación asociativa con bastantes ventajas a favor de los sonelitas que habían recibido un severo castigo en su guerra contra los terrícolas. El correctivo, que casi alcanzó carácter de genocidio, los había dejado reducidos a una escasa minoría.

Todo había parecido funcionar bien. Tenían un planeta donde vivir, trabajar y crear riquezas, y la civilización terrícola tenía que facilitarles medios de alimentación y cultura, ya que en la propia colonia sumaban una mayoría aplastante de diez terrícolas a un sonelita, como mínimo. Todos éstos eran los datos que Parrish poseía al respecto del planeta minero en el que vivían los sonelitas, aquellos seres que carecían de planeta propio por haber sido desintegrado por las armas terrícolas.

Todo parecía bien después de dejar muy atrás, en varios lustros de tiempo terrícola, la guerar interestelar, hasta que de pronto, adentrándose por las calles de la ciudad, Parrish quedó perplejo y se vio obligado a parpadear para cerciorarse de que veía bien, de que sus ojos no le traicionaban.

Las calles estaban llenas de aquellos seres extraordinariamente altos y delgados, de piel casi leñosa y cabellos abundantes y blancos. Sus bocas eran minúsculas, dé afilados dientes, y sus ojos enormes parecían hechos para ver en la oscuridad.

Aquellos seres de pupilas inmutables tenían algo de vegetal y su sangre no era tan roja como la de los terrícolas, sino que era de un rosado claro. Mas, al pasar por sus órganos y oxidarse, adquiría un color morado negruzco que hacía que hubiera una gran diferencia

entre su sangre arterial y la venosa, una diferencia que en los terrícolas era menos acusada.

Los sonelitas preferían vestir sus túnicas, largas o cortas, y en esto sí tenían una anarquía, pues, por lo demás, a los ojos de un terrícola recién llegado, un sonelita se parecía terriblemente a otro.

Aquellos seres pululaban a millares por; la calle, infestándolo todo. Al primer golpe de vista, Parrish no pudo ver a ningún terrícola. Fue cuando escrutó el interior del autobús en que viajaba, y comprobó con extrañeza que sólo viajaba él y el conductor, también terrícola. Se levantó del asiento y se acercó al chófer, interpelándole:

—¿Siempre está tan llena la calle de sonelitas?

El conductor volvió la mirada hacia Parrish, entre suspicaz e interrogante.

—¿De dónde sale, que me hace esa pregunta?

—Acabo de llegar de la Tierra.

—¿De la Tierra? Si dicen que están cortados los viajes por culpa de…

—¡Eh, cuidado! —le advirtió Parrish, viendo que doso tres sonelitas caían delante del autobús y éste los arrollaba, pasándoles por encima.

—¡Los ha matado!

El conductor se encogió de hombros.

—Nacen como microhongos; todo está infestado de estos melenas blancas con cara de leño.

—¡Pero a esos sonelitas que ha arrollado, hay que atenderlos!

—¿Está loco? Si nos detenemos aquí, nos linchan antes de que alguien pueda ayudamos.

A través de los cristales, Parrish sólo veía a sonelitas y a ningún terrícola. La ciudad semejaba invadida y no era así como esperaba encontrarla. Los sonelitas se apartaban para no ser arrollados por el autobús, pues sabían que no iba a detenerse.

—Cualquier día de éstos, como no lleve escolta de protección, no salgo a la calle —gruñó el chófer—. Tengo el presentimiento de que

terminarán linchándome. El día que se me estropee este cacharro, no sé cómo voy a salir adelante.

Parrish miraba a derecha e izquierda. Aparentemente, aquellos sonelitas que pululaban por las calles de la ciudad, abarrotándolas, eran pacíficos y tranquilos, mas había tantos y tantos que producían angustia.

Ahora sí comenzaba a sospechar que algo muy raro estaba ocurriendo en BP-72, el planeta compartido por dos civilizaciones muy distintas, procedentes de sistemas estelares también diferentes. La que había sido minoritaria, ahora parecía ser absolutamente mayoritaria.

El autobús se introdujo en un área residencial donde apenas se veían seres de ninguna clase. Se acercó a una larga verja y se abrió la puerta metálica. Parrish pudo ver, a ambos lados, guardianes terrícolas armados y vigilando la calle como si temieran ver aparecer de un instante a otro una turba de sonelitas enfurecidos prestos a atacarles.

En una amplia área de aparcamiento, Parrish vio varias docenas de vehículos *hover-craft* acorazados, pertenecientes a la Legión Flash. En torno a ellos, y dentro de los mismos, había legionarios.

El autobús entró en la cochera como una exhalación. Cuando el chófer dejó el vehículo frenado, suspiró hondo, como si hubiera realizado un esfuerzo sobrehumano en aquel trayecto.

—¿Han linchado a algún terrícola? —preguntó Parrish.

—¿Que si lo han linchado? —Se rió entre patético y sarcástico—. Yo presencié uno de sus linchamientos.

—¿Y qué sucedió?

—Al final no había pruebas. No quedó ni rastro del terrícola.

—¿Ni rastro, dice?

—No, nada, absolutamente nada. Fue algo horrible. Yo iba en el autobús y como mi asiento está algo más alto, pude ver un poco, no demasiado, no vaya a creer. Juraría que lo devoraron a lo vivo, cada uno un bocado, y como son tantos y tantos, la víctima acaba desapareciendo. Es como ocurre en nuestro planeta en el río Amazonas con las pirañas.

—No sabía que fueran caníbales, que comieran carne de terrícola.

—Yo tampoco creo que lo sean, pero en estos casos de ataque, comiéndose a su víctima hasta las ropas, no dejan ninguna prueba de su salvajada. Créame, ya no se puede ir solo por las calles de la ciudad. Por cierto, ¿quién es usted?

—Tengo prisa —repuso Parrish no queriendo contestarle, saliendo del autobús para internarse en el edificio.

CAPITULO IV

En la mente de Parrish había grabada una dirección y hacia ella se dirigió.

Descendió hasta el subpiso catorce y en la puerta veinte pulsó el llamador, aguardando. El ojo electrónico le enfocó y una voz automática, impersonal, preguntó:

—¿Quién es?

Parrish sabía que alguien le estaba viendo en aquellos momentos en una pequeña pantalla, aunque era la bocina del automático quien le había respondido. De no haber nadie en el habitáculo, también podía funcionar y grabar en cinta su rostro y su voz para que el inquilino, al regresar, pudiera verle tras un breve rebobinado, obrando en consecuencia.

—Busco a Comet. Me envía Paulson.

El ojo electrónico, pequeño pero escrutador, seguía observándole con mucha atención. Al fin, la puerta se abrió corriéndose hacia la derecha. Parrish avanzó un par de pasos y la puerta volvió a cerrarse automáticamente tras él.

El hábitat disponía de una confortable salita bien climatizada y acondicionada de aire; con una temperatura constante de veinte grados Celsius y una humedad del cuarenta y cinco por ciento, que era más que suficiente para que no se desecasen las mucosas nasales.

—¿Cuándo has llegado?

Parrish se volvió hacia una puerta que casi quedaba disimulada por una celosía en la que se enredaban plantas que crecían hermosas y

limpias gracias a la oxigenación artificial, y a un sol también artificial.

Una mujer alta, de talle delgado y apretadas caderas, joven y a todas luces muy flexible y elástica, vestía un mono dorado, sin mangas, que se cerraba en sus tobillos, ciñendo las piernas, las caderas y la cintura como una segunda piel. El busto empujaba la tela con la dureza y la fuerza de la juventud de los músculos femeninos.

El rostro, además de hermoso, era sensual, y ayudaba a esta sensualidad los espesos y largos cabellos negros que llevaba sueltos y cepillados con descuido, lo que le daba un aire de fresca naturalidad.

Un cinturón negro y brillante, con una hebilla de plata en la que se engarzaban varias docenas de pequeñas esmeraldas que poseían el mismo color que las pupilas de la mujer, ayudaban a que apareciera más atractiva.

—¡Diablos! No serás tú Comet, ¿verdad?

La fémina tuvo unos instantes de vacilación. Parrish lo descubrió en su mirada y, como si ella lo hubiera presentido, la desvió hacia el cómodo sofá. Sin responder todavía, se dirigió hacia él y se sentó encarada con la pantalla mural de TTV.

—Comet era mi hermana. Guardaba, en secreto, su profesión de informadora. Siempre me decía que no era muy importante; la cuestión es que ella recibía unos galimarcos extra y que todo iba bien. Ese dinero extra le permitía comprarse banalidades que le agradaban, y llevar una vida lujosa. Dijeron pestes de ella y mi hermana no desmentía las calumnias que la difamaban. Por otra parte, le gustaba enviar información a la agencia Independent Tele-Informative.

Parrish se acercó al sofá hasta colocarse a la espalda del mismo.

—Me hablas de tu hermana en pasado. ¿Le ha ocurrido algo?

—Desapareció.

—¿Desapareció? ¿No hay posibilidades de encontrarla?

—Desapareció en medio de una multitud de sonelitas.

¿Sabes lo que significa eso? —le preguntó, mirándole a los ojos.

—Me han contado algo. Debe de ser horrible; la verdad es que en la Tierra se desconoce lo que pasa aquí, en BP-72.

—Es lógico. Se intenta dar sensación de paz, pero estamos al borde de la guerra y ninguna de las civilizaciones, ni la terrícola ni la sonelita, quieren ser la iniciadora de esa guerra bilateral, pero total, hasta el genocidio de una de las dos civilizaciones. Ambas ocultamos este enfrentamiento que vivimos continuamente en BP-72.

—Sí, es un problema, pero las autoridades no se han manifestado en lo más mínimo. Lo que han hecho desde la Tierra es enviar aquí a la Legión Flash.

—Ya lo he oído. Esto será una matanza sorda y cruel, sin que ninguna de las dos partes quiera transformarla en guerra declarada. No me gusta esto, no me gusta nada.

—Lo que no comprendo es el desfase demográfico que ha habido en este planeta. Según mis informes, la población terrícola era muy superior a la sonelita y vivían perfectamente en igualdad de derechos, según los pactos de la Confederación Galáctica.

—Todo ha cambiado aquí, todo ha cambiado de forma brutal. Al principio, los observábamos con curiosidad, pero luego fueron aumentando en cantidad y todo se desequilibró. Comenzaron los conflictos, los temores y las desapariciones.

—También ellos son atacados, ¿no es cierto?

—Sí, son atacados y es lógico. Nadie quiere desaparecer entre las mandíbulas de los sonelitas y se toman precauciones. Los terrícolas vamos armados y en grupos. Cuando la proporción era a la inversa, apenas sucedía nada; ahora es diferente. Ellos han ido creciendo y creciendo, en cantidad y en ambiciones. Oficialmente, no se nos ha dicho que dejemos este planeta a los sonelitas, pero la petición está en la calle.

—Eso está en contra del pacto de la Confederación.

—Sí, pero así están las cosas. Oficialmente, nadie quiere decir nada y nos estamos matando en la calle. Ese es el motivo por el que mi hermana dejó de transmitir. La habían descubierto y le cortaron las alas, pero ella me lo contó todo a mí y pensé que si podía debía ocupar su puesto, aunque ahora no hay forma de enviar noticias a la Tierra sobre lo que aquí sucede. Realmente, el gobierno de la Confederación Terrestre conoce muy bien el problema, pero no el pueblo, y creo que debería hacerse un referéndum sobre si merece la pena iniciar una guerra declarada contra los sonelitas que han manifestado una abierta hostilidad contra nosotros, o si el pueblo

terrícola, por mayoría universal así lo decidiera, dejar este planeta a los sonelitas y ahorrar sangre en una guerra. Pero que fuera el pueblo, ya que esto terminará en guerra. El coronel de la Legión Flash es un hombre que no dialoga; utiliza los métodos más drásticos.

—¿Crees que podrá controlar a los sonelitas?

—No, no lo creo, se sienten fuertes. Hasta ahora sólo emplean manos y dientes, pero circula el rumor de que tienen armas y se están entrenando. Si la Legión Flash les plantea la guerra, ellos opondrán una resistencia feroz y se presentarán como víctimas ante la Confederación Galáctica, pues la Legión Flash es un cuerpo oficial de combate. En cambio, los sonelitas armados, como resistencia civil, serían víctimas a la defensiva y no a la ofensiva, como sí sería el coronel Hetzger, aunque en la realidad sea a la inversa. Creo que es un grave dilema político y un problema de guerra de guerrillas.

—¿Cómo se han podido reproducir en esa cantidad tan aplastante?

—Se está tratando de averiguar, pero no hay forma de conseguirlo. Ellos responden con evasivas, afirman que su reproducción es normal, tal como estipulan los pactos de la Confederación Galáctica, y ahora ya no lograremos saber nada más.

—¿Por qué ahora no?

—Claro, tú no lo sabes. ¿Cuándo has llegado?

—Hace muy poco, todavía estoy falto de un baño- relax, descanso y una comida reconstituyente.

—Bueno, yo me ocuparé de que tengas todo eso, pero antes...

La mujer se acercó a la mesita donde estaban los mandos de la pantalla mural de TTV que ocupaba toda la pared. Seleccionó algo en la computadora manual y la pantalla se iluminó de inmediato, apareciendo un rostro de cabellos blancos, grandes ojos oscuros e inexpresivos y la piel que semejaba algo leñoso. Todo ello correspondía a un sonelita que ya parecía algo viejo.

—¿Lo conoces? —preguntó la joven.

—No.

—Pues vas a tener que conocerlo.

—¿Por qué?

—El no dice que sea el líder de los sonelitas, pero desgraciadamente para los terrícolas, él es, ahora, el gobernador con plenos poderes de la colonia mixta en BP-72, que es lo mismo que decir la máxima autoridad en este planeta.

—No es posible —exclamó Parrish, mirando el rostro del anciano sonelita que semejaba observarles a su vez.

—Sí, lo es, por ello estamos atemorizados los terrícolas que vivimos aquí. Cualquier día pueden caer todos ellos sobre nosotros y hacer desaparecer hasta el último vestigio de nuestra raza en este planeta donde los sonelitas quedarían como amos y señores.

—Pues en la Tierra se cree que BP-72 tiene un gobernador terrícola, apoyado por un consejo asesor en el que, desde luego, hay sonelitas, pero el gobernador ejecutivo es terrícola.

—Lo había. Murió súbitamente y de una forma extraña. Se diagnosticó un fallo cardíaco cuando un chequeo médico había determinado poco antes que poseía una salud perfecta. Pero dejó de respirar y su cuerpo no presentaba la más mínima señal de violencia.

—Y luego, ¿ese sonelita que está en pantalla asumió el poder?

—Sí. Se celebró una votación en el consejo y él salió elegido. Como según los pactos, ellos tienen aquí los mismos derechos y deberes que nosotros los terrícolas, asumió la función de gobernador con plenos poderes. Legalmente él es el gobernador.

—Pero ¿cómo pudieron votarle a él, precisamente, con la situación tan anormal que se está produciendo en este planeta ante el aumento más que escandaloso de esos seres?

—En el consejo había varios sonelitas, pero eran minoría. Se convocó la sesión del consejo para la votación y no asistieron todos sus miembros, aunque sí se consiguió que la mitad más uno estuvieran presentes, por lo que ellos, siendo minoría en una reunión normal, en esa reunión accidentada pasaron a ser mayoría y pudieron votar a placer.

—¿Y por qué no asistieron los demás terrícolas que formaban parte del consejo asesor del gobernador?

—No llegaron a tiempo. Encontraron dificultades en sus viajes.

—¿Fueron atacados?

—No se puede decir que fueran atacados. Ninguno de ellos recibió daño alguno, pero si una muchedumbre se coloca delante de un vehículo, éste no puede avanzar.

—Comprendo —admitió Parrish hundiéndose en el sofá—. Los sonelitas no son tan estúpidos como pueda parecer a simple vista.

—Ahora, el coronel Hetzger va a tener muchos problemas, pues no querrá obedecer al gobernador que está protegido por los de su especie.

—Sí, esto tiene todas las trazas de convertirse en una matanza, y los terrícolas tenemos las de perder, salvo que el armamento especializado del coronel Hetzger entre en acción, lo que puede provocar una rápida queja y acusación de los sonelitas en la Confederación Galáctica. Lo veo mal, muy mal —opinó Parrish.

El mismo desconectó la pantalla, para no tener que seguir viendo el rostro del nuevo gobernador.

Los sonelitas habían sido vencidos por los terrícolas dos generaciones antes; sin embargo, el rencor subsistía y ahora comenzaban a tener la oportunidad de su venganza.

Eran intrusos en un planeta que sólo les pertenecía en parte, porque Sonel había sido destruido, pero BP-72 podía transformarse en el nuevo Sonel si los terrícolas eran aniquilados o, cuando menos, expulsados en su totalidad.

CAPITULO V

Parrish se sentía como nuevo. Había comido y dormido. Al despertar, Minea, hermana de la desaparecida Comet, ya no estaba.

Minea laboraba en el Secretariado de Gobernación en el que día a día veía entrar a más y más sonelitas, ocupando puestos que antes habían sido de los terrícolas.

La invasión parecía muy pacífica pero inexorable, ya que los terrícolas, por unas causas u otras, eran desplazados de sus cargos y, de esta forma, los sonelitas se apoderaban del poder.

Minea había proporcionado a Parrish medios para sus grabaciones. Tenía dos aparatos de microvideo en televisión a color y tridimensional, y unas minicámaras con adaptadores para teleobjetivos e infrarrojos, también grabadoras y una de aquellas efectivas pistolas ultrasónicas que todos los terrícolas se habían procurado para evitar desagradables encuentros con los sonelitas que en todas partes formaban muchedumbre.

En el *center-shop* del área residencial terrícola, Parrish había adquirido ropa adecuada y un casco antivibraciones por si era atacado inesperadamente. Pensaba recorrer la ciudad y grabar cuanto estuviera a su alcance para luego intentar enviarlo a Paulson y que éste conmocionara a la opinión pública del planeta Tierra. Su colonia minera en BP-72 estaba a punto de ser exterminada por una invasión aparentemente pacífica.

Con la tarjeta de crédito que le proporcionara Paul- son contra los fondos de la agencia informativa; una tarjeta en la que sólo figuraban unos guarismos y no su procedencia, Parrish se dirigió a un parque de venta de vehículos civiles.

Allí no tenían los últimos modelos de vehículos que en el planeta Tierra se habían puesto a la venta en el mercado, al alcance de quien pudiera pagarlos, ya que los suministros no llegaban tan regularmente al planeta BP-72.

—¿Busca algún modelo especial? —le había preguntado el vendedor.

—¿Tiene un atomcóptero?

—¿Atomcóptero? No, no hay. Los que existen aquí pertenecen a la policía o son para transporte de mineros a grandes distancias y con no menos de veinte plazas.

—Una pena. En la Tierra no habría sido difícil comprarlo.

—Aquí es diferente, se tomaron medidas para que todo no quedara invadido por los atomcópteros. Si lo desea, tengo un modelo de *hover-craft* biplaza deportivo que puede gustarle. Es veloz y en casos extremos puede remontar obstáculos de hasta tres metros, lo que no consiguen otros *hover-craft* que se pueden adquirir en BP-72.

—Veamos ese modelo —aceptó Parrish, pensando que no podría encontrar nada mejor.

El deportivo biplaza era de color amarillo y tenía un aspecto muy aerodinámico.

—¿Qué velocidad puede desarrollar? —preguntó, metiéndose en la carlinga.

—Sobre terreno liso o un mar sin oleaje, puede alcanzar las cinco mil millas hora. Si el radar automático que evita obstáculos ha de actuar, entonces tiene que reducir la velocidad, ya que el aparato ha de ascender y descender. Como sabe, al actuar los motores verticales, reducen la potencia del desplazamiento horizontal. Este modelo tiene una autonomía completa. Su pila atómica no es la convencional; es un modelo bastante avanzado y posee energía hasta que el aparato sea viejo. No tiene que preocuparse de nada más que de conducirlo, salvo que quiera proporcionarle una ficha de itinerario a su memoria automática.

—Bien, no discutiremos el precio; me lo llevo.

Una hora más tarde, se disponía a salir del centro de ventas y el vendedor le advirtió:

—No le recomiendo que salga solo. Últimamente vienen desapareciendo muchos terrícolas, y más cuando la noche cae sobre la ciudad.

—No tema, sé cuidarme.

Faltaban pocos minutos para que anocheciera.

Parrish abandonó el área residencial para terrícolas donde, por el momento, se podían sentir a salvo de las muchedumbres de sonelitas. Los vigilantes armados que custodiaban la zona le observaron preocupados, mas no le dijeron nada.

Ya en las calles de la ciudad, aparecieron aquellas turbas de sonelitas que todo lo invadían, aceras y calzadas.

Parrish no pudo evitar un sentimiento de angustia y opresión. Aquellos grandes ojos oscuros resultaban inexpresivos, pero Parrish estaba seguro de que rezumaban hostilidad.

Tenía que constituir un .auténtico problema alimentar a todos aquellos seres. Obviamente, la invasión del planeta por parte de los sonelitas se estaba efectuando y consiguiendo por cantidad de seres, pero aquella brutal reproducción había de tener una motivación y

también un final, pues de no cortarse, terminarían ocupando hasta la última pulgada de la superficie de BP-72.

Comenzó a grabar en sus microvideotapes todas aquellas abigarradas calles donde sólo se veían sonelitas. Eran imágenes que estaba seguro que sorprenderían en la Tierra, si es que llegaban a verlas.

No se veía ningún terrícola por dondequiera que se mirase. Parrish resultaba un intruso allí, cuando no tenía que ser así.

Cayeron sobre la ciudad las tinieblas de la noche y Parrish encendió los faros de su deportivo *hover-craft.* Llevaba una velocidad ultracorta para ver bien lo que quedara al alcance de sus ojos y también para poder grabar todo lo que sus pupilas vieran.

Aquellos seres, que en las tinieblas veían mejor que los terrícolas, no abandonaban las calles aún caída la noche, pese a que había zonas en que no existía iluminación artificial, producto de averías que nadie se ocupaba de reparar.

Circulaba como a tres pies de altura del suelo, sobre el colchón de aire que creaba permanentemente el vehículo cuando, de pronto, los sonelitas que todo lo invadían, se unieron frente al deportivo *hover-craft,* cortándole el paso.

Formaban un bloque compacto. Los había a cientos, quizá a miles. Miró por la pantalla del retrovisor y vio que atrás tenía otra barrera de seres y a los lados se alzaban edificaciones que en la noche cobraban un aspecto siniestro. Estaba como encajonado en la calle en que se había metido en su deseo de curiosear en la ciudad.

Los sonelitas le observaban, mientras Parrish los iluminaba con los focos de luz corta de su vehículo.

Grabó aquellas imágenes mientras captaba el sonido ambiental que se podía escuchar en la calle. Un rumor grave, como de tormenta que amenaza devastarlo todo a su paso, brotaba de las gargantas de los sonelitas.

Ya casi le estaban tocando. Parrish sabía que si de alguna forma conseguían averiarle el vehículo, iba a pasarlo muy mal.

Aquellos seres de una civilización extraña a la terrícola, con la que habían sostenido una guerra en toda la extensión de la palabra, no estaban allí para recibirle con flores.

Cambió la potencia de los focos del *hover-craft* y cuatro haces de vivísima luz hirieron los ojos de los sonelitas, que sacudieron sus cabezas. Sus cabellos semejaron más blancos que nunca mientras sus gruñidos se transformaban en agudos gritos de protesta. La intensa luz les había lastimado.

Parrish dio la máxima potencia al motor y alzó el *hover-craft* al máximo, haciéndolo deslizarse, al mismo tiempo, en horizontal.

Al elevarse, pasó por encima de aquella multitud de cabezas.

Los sonelitas alzaron sus brazos pretendiendo atraparle con sus dedos de aspecto leñoso como todo su cuerpo, extremadamente delgado; pero el colchón de aire que creaba el vehículo deportivo para elevarse, los arremolinó haciendo caer a docenas de ellos. Aún en el suelo y chillando como ratas, alzaban sus manos.

Parrish sabía que lo que estaba haciendo estaba prohibido en las leyes de tráfico, no sólo de la Tierra, sino de toda la Confederación Galáctica.

Pasar por encima de las personas con un *hover-craft,* provocaba accidentes con toda seguridad y, en muchos casos, la muerte, ya que el ser atrapado debajo del vehículo, y a causa del colchón de aire, podía salir despedido contra algún lugar donde se traumatizase y muriera; mas aquella situación era de emergencia y Parrish no había llegado a BP-72 para desaparecer inmediatamente, y dela misma forma en que desapareciera la propia hermana de Minea.

Circuló por encima de la muchedumbre y, de pronto, apareció el primer peligro serio. Un rayo láser dio contra la carlinga, pero, por suerte para Parrish, rebotó contra el cristal.

Los sonelitas comenzaban a hacer uso de las armas y, si lograban averiar el vehículo, estaría perdido.

Por las bocacalles adyacentes aparecieron otros potentes focos que iluminaron la masa de cabellos blancos que, de tan compacta, semejaba un extraño mar ondulante.

—¡Atención, dispérsense; atención, dispérsense, o haremos fuego! —advirtió una potente voz a través de los altavoces.

Parrish comprendió que allí estaban los acorazados de la Legión Flash.

Los sonelitas no hicieron caso, como si creyeran estar protegidos. La Legión Flash no había entrado aún en acción en el planeta BP-72.

Los legionarios Flash no eran hombres dados al diálogo y pusieron en acción sus cañones mixtos de infrarrojos y ultrasonidos.

Los haces mortíferos y destructivos barrieron el aire por encima de las cabezas de los sonelitas a modo de salva de aviso. Algunos de aquellos rayos dañaron los edificios haciendo desmoronarse parte de sus fachadas y produciendo un efecto más escandaloso que otra cosa, ya que aquellos primeros disparos de los cañones de los acorazados *hover-craft* no pretendían, por el momento, eliminar a los sonelitas, sino meterles el miedo en el cuerpo.

Al ver que las unidades ligeras de la Legión Flash entraban en acción, Parrish se detuvo para poder grabar con su microcámara todo lo que estaba ocurriendo. Ahora ya tenía material para la agencia informativa. Había logrado registrar la primera intervención de la Legión Flash, comandada por el mismísimo coronel Hetzger.

Todas las calles que la vista alcanzaba a ver, quedaron desiertas de sonelitas, a excepción de unas docenas que habían quedado tendidos en el suelo, afectados por los remolinos de aire o los cascotes caídos de las edificaciones dañadas en sus fachadas.

Los cañones mixtos habían provocado el pánico, más que otra cosa; el ruido había sido de gran potencia y ensordecedor, pero habían sido disparados a muy baja potencia. De aumentar unos grados su potencia, los edificios habrían sido barridos, totalmente destruidos hasta los cimientos.

Parrish, que se había detenido suspendido en el aire, vio avanzar hacia él a dos de aquellas naves acorazadas que con sus cañones ligeros se mantenían vigilantes. Se colocaron a derecha e izquierda del deportivo.

—¡Atención, terrícola, atención, dirígete al área residencial, terrícola, sin detenerte! —le ordenaron a través de los altavoces.

Parrish sabía muy bien que no se podían hacer tonterías con los legionarios Flash, máxime cuando iban pertrechados en sus vehículos ligeros acorazados de gran potencia destructiva dentro del radio de acción de un planeta.

Se dejó escoltar hasta que se introdujeron en el área residencial terrícola. Allí se detuvieron también las dos naves de escolta mientras

las otras naves seguían patrullando las calles de la ciudad en la noche del planeta BP-72.

Cuando descendió de su deportivo *hover-craft,* un oficial de la Legión Flash le estaba esperando. Era el capitán Duncan. Tenía el gesto duro y su rostro inspiraba pocas simpatías.

—Identifiqúese —le ordenó el oficial.

—¡Oh, sí, cómo no! Mi nombre es Parrish.

—¿Profesión?

—Periodista.

—¿Periodista? —Su gesto se hizo más suspicaz.

—Gracias por su intervención, capitán, pero no era necesaria. Yo sabía salir solo del atolladero; en realidad, ya había salido. Mi cacharro —señaló el deportivo— ha podido pasar por encima de sus cabezas.

—¡Sígame! —ordenó tajante, dándole la espalda.

—Oiga, capitán, dejemos esto.

—Sígame —insistió el capitán Duncan.

Parrish pudo ver a unos cuantos legionarios Flash, todos armados con sus subfusiles, y pensó que era mejor no poner nervioso al capitán Duncan. Situándose a su lado, aceptó:

—Vamos.

CAPITULO VI

El coronel Hetzger les estaba esperando en un amplio y aséptico despacho. Debía haber sido puesto en antecedentes de lo ocurrido.

El coronel no se levantó de su butaca para recibir a Parrish, al que saludó fríamente.

—Siempre he creído que los periodistas *metemeentodo* causan problemas que, en ocasiones, resultan muy molestos.

—Lo siento, coronel Hetzger, pero mi profesión es estar, ver e informar.

—¿Y a quién piensa informar? Por cierto, Parrish; su situación es anómala en BP-72. Me ha sido comunicado que no está en el fichero de residentes en esta colonia terrícola.

—¡Qué raro! —disimuló Parrish, aunque resultaría más que difícil, imposible, engañar al experto Hetzger.

—Parrish, sé que no va a tomarme por imbécil. Usted es un tipo sagaz; he visto algunos de sus reportajes y tengo que aceptar que es usted un magnífico profesional, pero aquí...

—¿Aquí qué, coronel?

—Pues que aquí carece de permiso para efectuar su labor de periodista.

—¿Una prohibición para mí?

—Sí.

—Eso es una irregularidad. Puedo quejarme a la asociación de reporteros de la Confederación Terrícola.

—Sí, ya sé que puede quejarse y armar mucho barullo, pero aquí no estamos en la Tierra y sé que este detalle, que es muy importante, no se le pasará por alto.

—En cualquier lugar donde la Confederación Terrícola tenga poder y autonomía, seguimos bajo las leyes de nuestra Confederación.

—No complique más las cosas, Parrish, a mí no va a asustarme. Puedo encerrarle a usted en una celda, incomunicado.

—¿Bajo qué cargos?

-Situación ilícita y permanencia sin permiso, creo que el fiscal encontrará varios motivos para mantenerle encerrado. No sé cómo ha llegado a este planeta, ya tendré tiempo de averiguarlo, pero que no está en las listas, eso sí lo sé. No va a provocar más incidentes y se estará quieto sin salir del área residencial. Ya se habrá dado cuenta de que la situación es difícil y peligrosa para los terrícolas.

—Sí, ya me he dado cuenta de que en la Tierra ignoran lo que sucede aquí y sería mucho mejor que la información llegara hasta allá.

—Este asunto no tiene por qué resolverlo el pueblo de nuestra

Confederación; este problema lo solventaremos nosotros aquí.

—¿La Legión Flash? —preguntó Parrish con algo de sorna.

—Sí, la Legión Flash.

—Eso equivale a una guerra.

—¡Bah!, digamos que sólo es el control de un orden perturbado en esta colonia, nada más.

—¿Cree que el gobernador sonelita se lo va a consentir? Cuando se entere de la entrada en acción de sus unidades acorazadas ligeras, en las calles de la ciudad, va a entrar en cólera.

—¡Bah!, mis legionarios no han hecho otra cosa que proteger la seguridad física de un terrícola en peligro.

—Un terrícola que soy yo.

—Exacto.

—Coronel, es usted muy cínico.

—Cuidado, Parrish, no consiento que me insulte.

—Creí que, para usted, llamarle cínico sería un halago. Antes me estaba amenazando y resulta que le estoy sirviendo de pretexto para una demostración de fuerza por parte de sus legionarios.

—Tengo que admitir que sí me ha servido de excusa; claro que, de no ser así, habría sido peor para usted.

—Me lo figuro, ya estaría encerrado sin explicaciones. Ahora, no estaría bien encerrar al terrícola al que supuestamente se ha salvado la vida, protegiéndole de una turba de sonelitas soliviantados. El gobernador del planeta no acabaría de comprender este encierro.

—Es posible —admitió el coronel Hetzger.

—Entonces, coronel, yo le he hecho un favor a usted y usted ninguno a mí, porque yo ya había escapado al peligro por mis propios medios.

—No lo crea, Parrish, le estoy haciendo un favor normalizando su situación en el planeta, pero se va a quedar sin hacer tonterías, dejando actuar a la Legión Flash y sin crear un mal ambiente. En

cuanto a comunicaciones a la Tierra, lamento decirle que le estarán vedadas.

—Por favor, coronel, hace tiempo que dejé de chuparme el dedo. No me está haciendo ningún favor al normalizar mi situación en BP-72; se lo está haciendo a sí mismo para poder decirle al gobernador, que es un sonelita, que yo, un ciudadano terrícola, fui atacado en la calle.

—De todos modos, siempre pudo decir que mis hombres habían creído que usted no infringía ninguna ley y por ello actuaron en su defensa; que ahora, comprobada su anómala situación en el planeta, lo encierro en una celda. A lo mejor, hasta los sonelitas se ponían contentos.

—Muy bien, coronel, ya me ha demostrado que tiene usted la fuerza en las manos, pero tenga cuidado, no se le vaya a escapar. Si aquí provoca una guerra, la sufriremos todos y la civilización terrestre quedará como maldita dentro de la Confederación Galáctica. Seremos expulsados de nuestros planetas-colonias y nos impedirán realizar viajes interestelares. Seremos acosados allí donde vayamos. Ya tenemos varias advertencias; una nueva acusación sería funesta para nosotros, que tratamos de demostrar a las otras civilizaciones que somos pacifistas o, por lo menos, que nos esforzamos en serlo.

—Parrish, no me diga lo que tengo que hacer. Tomaré las decisiones que juzgue oportunas y ni usted ni nadie va a impedírmelo.

—Es evidente.

—Me satisface que lo comprenda, Parrish. Ahora, antes de marcharse, dígale al capitán Duncan dónde podremos encontrarle, en caso de que se le busque.

—Pues —vaciló ligeramente, comprendiendo que no podía dar la dirección del habitáculo de Minea—. Búsqueme en el hotel.

—¿Qué hotel?

—¿Cuál va a ser? El residencial para terrícolas —respondió, ahora, aplastante, pensando que tenía que registrarse inmediatamente.

—Bien, procure no salir a la calle, y menos de noche. Ya habrá visto cómo está la ciudad, infestada de esos sonelitas que se han reproducido como insectos.

—Por cierto, coronel, ¿qué explicación dan a ese desbordamiento demográfico de los sonelitas? Me refiero a cómo han nacido en esa proporción, como si fueran insectos y no mamíferos.

—Todavía es un enigma para nosotros, Parrish, pero lo descubriremos.

Comprendiendo que el coronel Hetzger no deseaba más problemas en aquellos momentos, Parrish cortó allí su primera entrevista; sin embargo, estaba seguro de que no iba a ser su último encuentro, y quizá el propio coronel también pensara lo mismo.

Sus especialistas en investigación de datos le pasarían el informe de que había llegado fraudulentamente al planeta BP-72, y lo peor sería que encontrara alguna prueba para acusarle de haber utilizado el uniforme de legionario Flash. Entonces, terminaría encerrándole.

De momento, el comandante tenía otros problemas mucho más importantes que resolver, entre ellos la multiplicación de los sonelitas con su invasión aparentemente pacífica. Debía haber una explicación, y tendría que encontrarla.

CAPITULO VII

Minea había tomado una pequeña valija de viaje, guardando en ella lo indispensable para un *weekend.* Subió a bordo del *hover-craft* deportivo que se había comprado Parrish.

La joven le entregó una ficha de ruta de viaje.

Colócala en el piloto automático y nos conducirá al mar ecuatorial.

—De acuerdo. Cuando nos acerquemos a esa zona, ya pilotaré por mí mismo este vehículo. Ahora, dejaremos que las primeras millas se hagan automáticamente.

Colocó la ficha en el piloto automático del *hover-craft* y abandonó el volante. La computadora se encargaría de guiarlo en la dirección deseada.

Salieron de la ciudad por el Sur, casi sin ver a los sonelitas que ocupaban en su mayor parte el centro de la capital de la colonia.

—En el teleinformativo estuvieron hablando el gobernador y el

coronel Hetzger.

—¿Áh, sí, y qué dijeron?

—Pues que ambos lamentaban el incidente ocurrido en las calles, donde un vehículo pilotado por un terrícola había tenido un incidente con unos transeúntes nocturnos sonelitas, pero que todo terminó sin problemas.

—¡Qué cerdos!

—Es la nota oficial de lo ocurrido.

—Ya me lo imagino. Ninguno de los dos quiere ser el primero en iniciar las hostilidades, pero alguien tendrá que hacerlo. El ambiente está más que tenso. Los terrícolas somos minoría, aunque, por contra, estamos mejor armados.

—¿Qué ocurriría si los sonelitas se apoderaran de las armas y vehículos acorazados que tienen los legionarios?

Mientras el *hover-craft* avanzaba hacia el área templada del planeta, donde se podían bañar y disfrutar de vacaciones en *cottages*edificados para tal uso, Parrish quedó unos instantes pensativo y luego dijo:

—Espero que el coronel Hetzger haya tenido en cuenta esta posibilidad y ponga doble protección a los vehículos. Si se los roban y deciden atacar por sorpresa, será una situación de hechos consumados y se habrán apoderado del planeta.

—¿Cuál es el coeficiente de inteligencia de los sonelitas?

—Parejo al nuestro.

—Entonces, son peligrosos.

—Sí. Se les dio trabajo y cultura pareja a la nuestra pese a que su civilización estaba algo más atrasada cuando comenzaron a vivir en este planeta con nosotros, los terrícolas, y han tenido tiempo, en dos generaciones, de ponerse al corriente con toda la documentación que se les ha proporcionado.

—Quizá demasiada, si estaban esperando el momento de la venganza.

—No se les instruyó, en absoluto, en el aspecto de armamento y

viajes interestelares, aunque ellos ya poseen algunas naves de observación y carga interplanetaria, de corto alcance. Por ahora, no pueden trasladarse a lejanas distancias como hacemos nosotros los terrícolas mediante la conversión y reconversión de la materia en neutrinos. No hay peligro de ataque a la Tierra.

—Pero sí de que nuestra colonia, aquí, sea aniquilada. No se les ha instruido en la milicia, pero si se apoderaran del armamento necesario, aprenderán en seguida y si destruyen la base de llegada de los terrícolas, adonde arribamos convertidos en chorros de neutrinos y somos transformados, de nuevo, en materia, si destruyen la Astroestación, ya no podrán mandamos ayuda ni conseguiremos escapar de aquí. Quedaremos atrapados y será una lucha feroz por la supervivencia.

—Esperemos que no se les haya ocurrido destruir la Astroestación, porque es cierto que quedaríamos atrapados y sin poder recibir ayuda.

Minea fue proporcionando toda clase de datos a Parrish, que tomaba buena nota de ellos. Tenía que componer un buen reportaje, aunque sólo utilizando la antena de emisiones oficiales podría enviarlo al planeta Tierra.

De otra forma, sólo llegaría miles de años más tarde y, en consecuencia, el reportaje habría perdido toda su validez. No sabía cómo iba a conseguir utilizar la antena oficial para enviar a Paulson el reportaje; pero tendría que buscar la manera de conseguirlo, lo mismo que ya había logrado trasladarse BP-72 cuando, al principio, parecía un viaje imposible.

—Nos acercamos al mar ecuatorial, este *hover-craft* que llevas es muy veloz.

—Sí, no está mal, pero si se utilizaran aquí los atomcópteros, con aerorrutas despejadas, habríamos reducido el tiempo de viaje a un cuarto del que estamos consumiendo.

—Aquí no están permitidos los atomcópteros.

—Ya me informaron de ello.

—Son caros, ruidoso y gastan mucho combustible. No es como los *hover-craft* de pila atómica autónoma que se compran, y cuando se consume la pila ya está todo el vehículo para llevar al chatarrero.

—Veo que por aquí la vegetación es casi parecida a la de la

Amazonia terrestre —opinó Parrish que lo observaba todo como nuevo, puesto que era la primera vez que visitaba el planeta BP-72 y ahora viajaba por sus áreas de descanso, donde el calor era más intenso y la estrella que iluminaba el planeta semejaba haber cobrado mayor vigor, aunque todavía distaba de parecerse al sol terrestre.

—Fue una excelente decisión determinar en su día, hace ya más de dos siglos, que la Amazonia se convirtiera en parque natural o, mejor dicho, en santuario de flora y fauna. Ahora ya habría sido arrasado y a la Tierra le hace falta todo el oxígeno natural que se desprende de su lujuriante vegetación. Aquí, en el ecuador de BP-72, con unos paralelos septentrionales y otros meridionales, se conserva una buena franja de vegetación, bastante verde, que ciñe al planeta como un cinturón de vida. Por contra, más al Norte o más al Sur, las plantas son más mortecinas y blancuzcas, no tienen la misma clorofila que aquí. Por eso, vacacionar en esta zona reconforta; buena parte del área ecuatorial se la lleva el mar, pero no debemos despreciarlo. Hay algas, plancton y ayuda a mantener la humedad ambiental.

—Y por toda esta área, ¿no vienen los sonelitas?

—Raramente. A ellos les afecta más que a los terrícolas los cambios bruscos de temperatura. No tienen la facilidad de adaptación al medio ambiente que poseemos nosotros.

—¿Quieres decir que si un sonelita viniera aquí lo pasaría mal por el calor?

—Si se trasladaba en un vehículo como este deportivo, que desarrolla una buena velocidad, lo pasaría bastante mal, acusando el aumento de temperatura, pero si el cambio lo hicieran en el equivalente a una semana, lo soportarían bastante bien. En realidad, no es que no lo puedan resistir, es que precisan de mayor período de adaptación.

—Pues esperemos que no se les ocurra venir por aquí —gruñó Parrish, contemplando el panorama que resultaba muy verde y agradable, aunque aún no divisaban el mar ecuatorial.

—Pronto llegaremos a la costa y al brazo de Cayo Armstrong. El área residencial terrícola se halla donde Cayo Armstrong se ensancha y queda rodeada por el mar ecuatorial, excepto por el brazo que lo une a tierra, un brazo que en días de temporal queda barrido por las aguas del mar ecuatorial, pero suele ser un aislamiento de apenas unas horas. Entonces, el área residencial terrícola se convierte en una

isla.

No tardaron en ver el agua del mar ecuatorial que era de un azul verdoso claro y tenía algo de lechoso.

Daba la sensación de que aquel agua tenía que ser caliente y viscosa, y que la vida en aquella área marítima sería la más rica del planeta.

—¿Quieres decir que será agradable bañarse ahí dentro? Parece una charca en verano.

Minea se rió ligeramente. Observó al hombre de reojo y explicó:

—Es el mejor lugar del planeta para bañarse, ya lo verás.

—¿Lo dices porque en otros lugares uno queda rodeado de hielos?

—Es una de las causas, pero aquí, además, se rejuvenece la piel. Esta agua es un auténtico caldo alimenticio para la piel de los terrícolas y la favorece notablemente.

Sorteando unas dunas de arena rojiza, el *hover-craft,* guiado por el piloto automático, siguió la ruta hacia el brazo que unía Cayo Armstrong con el resto del continente, aunque con el mar tranquilo que había, no hubieran tenido ninguna dificultad en dirigirse al _ área vacacional por encima de las aguas, acortando distancias y tiempo de viaje; sin embargo, Parrish dejó que el piloto automático siguiera controlando el vehículo para ver mejor la ruta ordinaria que, obviamente, debía ser la mejor para el viajero.

Llegaron al brazo arenoso que en su parte más estrecha tenía una anchura de media milla. Se podían ver las aguas del mar ecuatorial a ambos lados de la franja arenosa sobre la que quedaban restos de vegetación marina y peces que habían quedado atrapados en la arena y se descomponían a la intemperie o eran devorados por los cangrejos que salían de las aguas buscando alimento y luego regresaban al mar.

—¿Cada cuándo se producen estos temporales que invaden el brazo arenoso?

—El intervalo más corto se reduce a unos quince días.

—¿Y el resto de la península ha quedado alguna vez totalmente invadida por las aguas?

—No, porque se eleva como una colina. Ahora puedes mirarla bien.

—Es algo magnífico, llena de árboles de un verde intenso. Desde que he llegado a este planeta no había visto árboles de esta calidad.

—Los *cottages* están dispersos por entre medio de los árboles, sin tocarse unos a otros. Hay diez restaurantes y no falta de nada. Es un lugar magnífico para vacacionar. Se puede pasear, hacer piernas caminando descalzos por la arena fina de sus playas o hacer músculos, trepando por los acantilados de la cara sur. Se respira agradablemente y se duerme muy bien, con un algo de exceso de calor en pleno verano, pero no es angustioso como en el ecuador terrestre.

—Mejor.

Se adentraron en el área residencial. El piloto automático advirtió, con una luz roja, que iba a desconectarse por haber llegado al final del viaje.

Parrish se hizo cargo de los mandos y con una velocidad muy corta, se introdujo por las calles del área vacacional terrícola que se convertían en una filigrana en aquella colina llamada Cayo Armstrong, en honor del primer astronauta terrícola que había pisado un astro distinto al planeta Tierra, siendo el pionero de los viajes espaciales.

—Eso está muy tranquilo —opinó Parrish.

—Es cierto, no se ve a nadie.

—¿No estará cerrada esta área vacacional? —preguntó Parrish.

—Que yo sepa, no. En realidad, el área vacacional siempre está abierta, pues las vacaciones suelen hacerse por turnos y somos muchos los terrícolas que venimos aquí a pasar los fines de semana.

—Pues no se ve a nadie. Esperemos que haya algo que comer en los restaurantes. Tengo hambre.

—Seguro que encontraremos algo. Mira, entre aquellos grandes eucaliptos hay un restaurante.

—¿Sirven bien de comer ahí?

—Sí, sirven omelets de guacanosaurio y...

—No sigas, por favor, terminaría preguntándote qué significan esos nombres extraños y a lo peor se me pasaba el apetito.

Minea rió sincera y espontáneamente. A Parrish le agradó que lo hiciera. Por el momento, era lo único realmente bonito que había encontrado en el planeta BP-72.

La línea de su seno joven destacaba sobre la tela que cedía ante el vigor femenino. Le agradó aquel cabello negro y espeso, aquellos grandes ojos verdosos, los labios de color intenso, con el trazo superior más marcado que el inferior.

Se inclinó sobre ella y la besó en la boca. Minea no se movió. Aceptó la caricia en silencio y mirando al hombre con mucha intensidad en sus pupilas verdosas.

Le agradaba aquella efusión, pero tuvo que exclamar:

—¡Cuidado, que nos estrellamos!

Parrish pisó el freno y el *hover-craft* se detuvo frente al restaurante.

—Está visto que no puede uno dejarse llevar por los impulsos.

Minea pasó su mano por la nuca del hombre y, acercando su rostro al de él,]e devolvió el beso en los labios. Abrió la portezuela del deportivo cuando los dedos de Parrish pretendían sujetarla, olvidándose de la comida.

—Habrá tiempo para todo —dijo ella, con una sonrisa que casi era una risita cargada de picardía y no exenta de emociones internas, propias de una mujer que se sentía agradablemente acosada por el sentimiento del amor.

Entraron en el restaurante. Las puertas se abrieron a su paso de forma automática.

—Por lo menos, funciona —dijo Parrish.

—Pero no se ve a nadie —objetó Minea—. ¡Hola, hola! ¿Hay alguien por aquí? ¡¡Hola!!

El más absoluto silencio les respondió. Sus pisadas fueron perfectamente audibles dentro del espacioso comedor, con grandes ventanales encristalados que daban al exterior y desde los cuales se podía admirar parte de las playas.

Nada. No se ve a nadie —gruñó Parrish.

—Vamos a las cocinas.

Tampoco vieron a nadie en las cocinas. Todo estaba en perfecto orden; no había la más mínima huella de violencia, pero no se veía a ningún terrícola ni ser vivo por parte alguna. Parrish abrió uno de los grandes frigoríficos y observó su interior.

—¡Uah!, ¡aquí hay huevos gigantes y filetes gruesos de carne, pero no vayas a decirme a qué animal pertenecen!

—¿Quieres que nos los llevemos?

—Sí, ¿por qué no? Esto se convierte en un *selfservice* a nivel básico. Anda, mira por ahí a ver si encuentras manteca, sal y pan. Si les añadimos un poco de fruta, podemos aislarnos en uno de esos espléndidos *cottages* que dan a la playa y ser la pareja más feliz de este planeta. —Cambió el tono de su voz, haciéndolo más grave e interrogativo—: Si tú no te opones, claro.

—Todo dependerá de lo pesado que te pongas —rió ella, buscando una canasta para cargar los alimentos.

Encontraron, incluso, bebida fresca, y Minea se abstuvo de explicar a Parrish de qué era aquella carne ni a qué especie pertenecían los huevos. Era preferible comer en paz.

Al salir del restaurante solitario, la puerta automática se abrió ante ellos, dejándoles paso franco.

Unos ladridos les sobresaltaron y ambos miraron hacia la vegetación ajardinada de estilo naturalista. Por ello apareció un grifón enano. El pequeño can, de pelaje duro e hirsuto, había aparecido ladrando como asustado, pero al llegar a las piernas de los terrícolas frotó su cuerpo contra ellas, emitiendo pequeños, casi lastimeros quejidos.

Minea se agachó para acariciarlo y el animal sacó su lengua para lamerle la mano. Parecía muy agradecido por su presencia.

—¿Nos lo llevamos?

—Tendrá un dueño.

—Bueno, si aparece se lo devolvemos. De momento, vamos a estar en el área vacacional y el que lo haya perdido podrá encontrarnos.

El perrito siguió con sus quejidos lastimeros, como si llorara; mas, al olfatear la comida, se levantó sobre sus patas traseras, guardando

muy bien el equilibrio para tratar de llegar a la canasta.

—Cuidado, amiguito, tendrás que esperarte como los demás, si quieres comer.

—¿Cómo se llamará?

—No sé, a ver que tal... «Little», «Little»...

El grifón saltó y Parrish miró a la muchacha significativamente.

—Parece conformarse conque le llamemos pequeño.

«Little» subió al *hover-craft* y partieron hacia la playa. Todos los *cottages,* junto a los cuales pasaban, se veían vacíos y silenciosos bajo el sol ecuatorial del planeta BP-72.

—No estará esta zona en cuarentena por alguna causa, ¿verdad?

—Que yo sepa, no. Sigue recto y llegaremos al *cottage* que suelo ocupar cuando vengo a este lugar.

—¿Vienes sola o acompañada?

Ella, sin mirarle, respondió:

—Acompañada.

—¡Hum, creía...!

—¿Qué creías?

—Pues...

—Veo que eres un mal pensado. Venía acompañada de mi hermana. ¿Te gusta más así mi respuesta?

—La verdad, sí.

—Es ese que los ventanales dan a la playa y que tiene una amplia terraza.

—Pues vamos a él. ¿A ti qué te parece, «Little»?

El grifón enano se lo quedó mirando. Sacó la lengua, miró la canasta con los alimentos y lanzó un seco ladrido. Ya no tenía miedo.

El *cottage* era amplio. Tenía una salita a dos niveles y en el piso superior había una habitación con dos camas amplias y el cuarto de aseo. Tenía pantalla mural de TTV y *self music*.

—Perfecto —aprobó Parrish.

—Sí, perfecto, pero no tiene para cocinar todo lo que hemos cogido del restaurante y la carne cruda…

—No temas, Minea, yo me encargo de la cena.

—¿Qué harás?

—Un asado y una gran omelet. He tomado una sartén del restaurante. Verás cómo ahí delante, en la arena de la playa, hago un buen fuego, tú déjame a mí.

—De acuerdo —respondió, álegre,, Minea, olvidándose de otros problemas.

Al notar la alegría de la mujer, el pequeño «Little» también ladró, poniéndose en pie sobre sus dos patas.

—Vamos, «Little», me ayudarás a buscar leña —le dijo.

—¿No nos bañamos ahora?

—No, es algo tarde, habrá tiempo sobrado, a media noche y mañana.

—De acuerdo. Lo que sí voy a hacer es darme un baño, pero en la pileta del cuarto de aseo.

Se separaron.

Minea se bañó y se puso cómoda, cambiando sus ropas. Se vistió con una casaca ligera dorada con cinturón verde y dos brazaletes de oro con esmeraldas, que brillaban como sus ojos.

Miró a través del ventanal y vio el fuego sobre la arena. Eran llamas altas y vivaces. A la joven le supo como algo antiguo, salvaje y agradable. En ocasiones cansaba que todo fuera aséptico y controlado por microondas o láser.

Era hermoso ver el fuego de unas ramas crepitando en mitad de la noche, con el mar al fondo y las dos lunas del planeta BP-72 encima, destacando con un blanco muy pálido.

Por su garganta, desde el interior del pecho, brotó úna cancioncilla que tarareó apenas, sin darse cuenta de que lo hacía.

Poco a poco, dejó de tararear porque algo inconcreto comenzó a preocuparla. Fue como una sensación helada que recorrió su espalda, y no hacía frío. Comenzó a mirar en derredor, inquieta. En el *cottage* no había nadie más que ella. Incluso, el pequeño perro que. habían recogido estaba fuera del habitáculo, en la playa, saltando tras el hombre que se afanaba en preparar una cena suculenta. El tenía consigo la canasta con todos los alimentos.

—¡Qué tonta soy...!

Quiso volver a tararear, pero la canción, nada más comenzar, murió en su boca. Tornó a inquietarse. Se acercó a la ventana que daba a la fachada del *cottage* opuesta a la playa y tuvo la certeza de que entre los árboles había dos grandes ojos, observándola con mucha atención.

Fue entonces cuando palpó aquella gran sensación de soledad que reinaba en Cayo Armstrong. No había nadie en las calles, en el restaurante, y tampoco en los otros *ccítages*... No había nadie, aparte de Parrish en la playa. ¿Y por qué no había nadie?

Y ahora, aquel par de ojos que estaba segura de haber visto en la oscuridad, unos ojos fijos en ella.

Bruscamente, cerró la persiana de aluminio-plástico y dio un paso hacia atrás. Tuvo miedo, un miedo atávico y secular, como heredado de los primeros habitantes terrícolas en su era de las cavernas al quedar enfrentados a lo desconocido.

Atenazada por la angustia, Minea abandonó el dormitorio y se precipitó escaleras abajo en una huida sin paliativos.

CAPITULO VIII

Minea corrió hacia la hoguera. Corría sobre la arena y miraba atrás donde sólo el *cottage* estaba iluminado.

—¿Te has dejado algo? —le preguntó Parrish, al verla llegar.

Minea, al estar en compañía del hombre, suspiró tranquilizándose. Debió de pensar que era mejor no inquietarlo con sus temores y forzó una sonrisa que le costó dibujar en su boca.

—No, creo que no me he dejado nada. ¿Cómo está el asado? —preguntó, inclinándose sobre la carne como para verla mejor, cuando lo que hacía era ocultar sus mejillas, algo sofocadas por la carrera, por la precipitada huida de la casa. El perrito saltó a su alrededor.

—¿Huele bien?

—Sí, mucho.

—Ahora verás qué omelet más gorda he preparado

—¡Caramba, Parrish! —exclamó, mirando la sartén en la que aparecía la gran tortilla, con un apetitoso color amarillento—. Estás hecho un cocinero fantástico.

—¡Hum...! —El la olió, acercándosela a la nariz—. Si hubiera tenido surtido de vegetales, habría quedado más sabrosa. En fin, creo que servirá.

Con la cena, Minea se fue serenando. «Little» también comió y, tras reavivar con más leña las brasas que sirvieran para el asado, los tres quedaron tendidos sobre la arena.

—No se está nada mal aquí —opinó Parrish.

—Sí, pero es muy raro que no haya nadie.

—Quizá la situación que se está viviendo en la ciudad haya retraído a la gente de venir aquí.

—La verdad es que había oído que nadie quería alejarse de la ciudad por si ocurría algo. La llegada de la Legión Flash parece que va a precipitar los acontecimientos; sin embargo, debería haber alguien atendiendo los servicios. He estado llamando a comunicaciones, estación de policía, etcétera, no he obtenido la menor respuesta. No hay nadie, estamos solos en Cayo Armstrong.

—Más romántico —musitó é!, inclinándose hacia ella.

—¿Más romántico? Vamos, Parrish, no digas tonterías.

El hombre pasó su brazo por encima de la joven y colocó su rostro sobre el femenino. Jugueteó con los labios de la mujer,

humedeciéndolos, haciendo brillar los ojos verdes.

Estaba besando a Minea, que participaba de lleno en aquel juego amoroso, cuando el perrito se puso en pie y comenzó a ladrar furioso y estridente.

Parrish levantó la cabeza para pedirle al animal que se callara, pero entonces vio algo que antes no estaba, algo que se había colocado entre el *cottage*y ellos.

Ese algo era un muro prácticamente infranqueable de seres vivos.

—¡Minea!

—¿Sí, Parrish?

—No te asustes, pero tenemos que hacer algo.

—¿Qué sucede?

«Little» seguía ladrando valiente y combativo. Minea miró hacia la casa y gimió:

—¡Sonelitas!

Los terrícolas habían convivido con los sonelitas durante dos generaciones, tras la firma del pacto galáctico. Se habían acostumbrado a estar juntos, pero ahora era distinto.

Los sonelitas estaban allí en un número impresionante, con sus cabezas de largos cabellos blancos y su aspecto leñoso. Llegaban hasta donde la noche los hacía ya invisibles, por lo que cabía pensar que eran muchos más de los que estaban viendo, y los veían a cientos.

Habían arribado silenciosamente mientras descansaban, sorprendiéndoles, y ahora los tenían muy cerca, a unos cuantos pasos. Sólo una leve carrera y el contacto físico sería inevitable.

—No hay que demostrar miedo, Minea.

—Son muchos, nos devorarán.

—Tengo la pistola ultrasónica que tú me diste; está aquí, conmigo.

—¿Una pistola? No es nada, son demasiados, nos devorarán. Ellos se echan encima de un terrícola y a mordiscos lo hacen desaparecer. Se nos comen integralmente, chupan la sangre que cae para que no

quede huella. Parrish, tengo miedo. Sus bocas son pequeñas, pero sus mandíbulas y dientes son mucho más poderosos que los nuestros. Con sus dientes trituran nuestros huesos, las rótulas, el cráneo, lo devoran todo... Son peores que lobos, porque son una multitud.

—De momento, parece que no se deciden a atacarnos.

—Cuando lo hagan, estaremos perdidos —gimió ella. Como comprendiendo bruscamente, exclamó—: Ahora entiendo por qué no hay nadie en Cayo Armstrong...

—¿Quieres decir que los han devorado a todos?

—Seguro, y no han dejado rastro; es su táctica: Devorarnos sin llamar la atención y que nadie les pueda acusar. Se apoderarán del planeta por la ausencia total de terrícolas. Cada vez somos menos y como el gobernador actual es uno de ellos, silencian las noticias de las desapariciones, de las anormalidades. Se censuran todos los documentos.

—De momento, el problema lo tenemos ahí delante, Están muy calladitos, ¿quién los dirigirá?

—Lo hacen al unísono.

—Caminemos despacio. Si tenemos alguna posibilidad de escapatoria es por el agua. ¿Saben nadar?

—Sí.

—¿Bien?

—¿Qué tal nadan ellos?

—¿Qué tal nadan ellos?

—No muy bien. Por su constitución tienen un peso específicosuperior al nuestro y se hunden conmásfacilidad, ahogándose, por ellono suelenbañarse enel mar.

Los sonelitas, que habían aparecido tan silenciosamente, avanzaron hacia la playa formando un gran arco del que los terrícolas no podían escapar.

—¡No conseguiremos salir de aquí!

—Que no noten que estamosasustados. Ahoraseríainútil intentar

cruzar esa barrera; veo muchas cabezas y deben de haber, por lo menos, diez en fondo.

Cuando notaron las suavísimas, casi imperceptibles olas en sus pies, los sonelitas avanzaron con más rapidez hacia ellos, levantando sus brazos y profiriendo unos extraños y agudos gruñidos.

Semejaban un bosque sin follaje, sólo de árboles secos que se les echaban encima; unos árboles con grandes ojos y bocas abiertas, mostrando unos afilados dientes.

Parrish no dudó en disparar contra ellos y cayeron varios de la primera línea. Lejos de contenerlos, los enfureció más, pues pasaron por encima de los caídos y siguieron corriendo hacia los terrícolas. No se notaba que hubieran caído algunos.

—¡Al agua, al agua! —gritó Parrish.

Minea se zambulló, nadando ligera. El hombre la siguió y también «Little», que tras dar unos últimos ladridos se lanzó al agua, nadando en pos de la muchacha.

Los sonelitas, enfurecidos, ocupando toda la orilla, se lanzaron al agua en un buen número, algunos chapoteando donde aún no les cubría la cabeza. Otros intentaban nadar para alcanzar a los fugitivos, pero Parrish, que seguía empuñando la pistola ultrasónica a la que no afectaba el agua en absoluto, disparó contra las cabezas que más se acercaban a ellos.

Varias de aquellas cabezas fueron barridas de la superficie del mar. Estallaban como melones que caían sobre una roca desde lo alto del acantilado; sin embargo, la masa de sonelitas semejaba inacabable y seguían metiéndose en el agua.

—¡Mar adentro, Minea, mar adentro!

Se alejaron nadando, mientras los sonelitas rugían en laorilla. Algunos chapoteaban, ahogándose, incapaces ya de regresar a la playa de la que se habían alejado excesivamente para su capacidad natatoria.

Varias docenas se ahogaron, pero en la orilla los había a cientos, quizá a miles. La noche era cómplice de aquella multitud de sonelitas.

Mar adentro, Parrish y Minea se detuvieron flotando en el agua cálida, pues allí no había frialdad alguna. El perro nadaba a su

alrededor sin problemas. Parrish sostenía la pistola en su mano.

—Maldita sea, esto está infestado de sonelitas. ¿Cómo podrán reproducirse de forma tan multitudinaria?

—No se sabe, y ahora que han conseguido el poder, ya no se averiguará jamás. Ellos se apoderarán del planeta y ninguno de los terrícolas que estamos aquí podremos escapar. Será su venganza.

—Por el momento hemos escapado, pero temo que no podremos regresar a por el deportivo, para salir de este lugar. No creo que sea bueno pensar en proseguir las vacaciones aquí.

—¡Parrish, Parrish, el deportivo!

La exclamación de la muchacha estaba fundamentada. Los poderosos focos del *hover-craft* iluminaron el agua mientras avanzaba hacia ella.

—¡Diablos! Lo han cogido y saben conducirlo.

—Sí, saben gobernar toda clase de vehículos. Lo único que les estaba vedado era tener armas y meterse en la estación astral, que es de total dominio terrícola.

El *hover-craft,* con dos sonelitas dentro y varios encima de la carlinga, se metió encima de las aguas, a pocos pies de la superficie, barriéndola con sus faros. Les estaba buscando.

El pequeño perro ladró como pudo, pues el agua, a poco que se descuidaba, inundaba su boca.

—Como dijo Hernán Cortés, quemaremos las naves y que sea lo que Dios quiera.

Tras aquellas palabras mascadas entre dientes, con el agua hasta la barbilla, pues sus pies se movían dentro de ella para mantenerse a flote, Parrish sacó la pistola por encima de la superficie, cuando ya la nave, con sus faros encendidos, se les echaba encima. Disparó.

El *hover-craft* amarillo se conmocionó. Vibró y luego estalló, produciendo una gran llamarada que se elevó hacia el cielo.

Después, desapareció en el interior de las aguas, arrastrando consigo a los sonelitas que habían montado en el vehículo.

—Nos hemos librado de ellos, pero me temo que la carga de la

pistola debe estar agotándose.

—Ya no creo que vengan, pero lo que no sé es cómo saldremos de este lugar. No podemos escapar.

—Mientras no haya tiburones en estas aguas —gruñó Parrish mirando hacia la playa donde los sonelitas rugían de rabia y, al propio tiempo, esperaban que los terrícolas salieran del mar.

—No hay tiburones, pero...

—¿Pero qué?

—Están los guacanosaurios.

—¿Guacanosaurios? Creo que ya has nombrado, antes, a esos bichos.

—Son los huevos que has utilizado para la tortilla.

—Espero que no tengan espíritu vengativo —suspiró Parrish.

—Son muy peligrosos. Se parecen a los cocodrilos de la Tierra, pero un poco más grandes.

—¿Más grandes? —repitió Parrish, abriendo mucho los ojos.

—Unos cuatro o cinco pies.

—¿De largo?

—No, de boca.

—Pues el animalito debe ser una máquina de triturar.

—Tiene unas garras muy fuertes, fuera del agua puede subir a los árboles, incluso. Aunque normalmente se les encuentra en el agua, ponen sus huevos fuera de ella.

—¿Como las tortugas marinas del planeta Tierra?

—Algo así.

—Cuando note cosquillas en las plantas de los pies ya te diré algo, si es que me da tiempo.

—¿Qué hacemos ahora? Si regresamos, nos devorarán, nos harán

desaparecer.

—Hay que nadar alejándonos de aquí. Ahora, ellos no nos pueden ver, la noche nos favorece. Pueden llegar a suponer que nos hemos ahogado.

—¿Adonde iremos?

—¿Cuánto resistirás nadando?

—No lo sé, todo lo que haga falta.

—Pues, a nadar.

—¿Nos seguirá «Little»?

—Sí, no tengas miedo, es un perro de aguas y sabe nadar bien.

Comenzaron a nadar a lo largo de Cayo Armstrong en dirección a la franja estrecha. Cuando se cansaban, se detenían colocándose panza arriba, haciendo el muerto. Después, reanudaban la natación. En aquellos períodos de descanso, Parrish permitía que el perro subiera sobre su cuerpo y descansara como si estuviera sobre un islote.

Habían pasado horas y notaban los latigazos de los calambres. Sentían todo su cuerpo arrugado y la fatiga hacía presa en sus músculos y nervios.

—Parrish, no puedo más —dijo Minea, tragando agua.

—Animo, iremos a la orilla —le dijo ayudándola por el brazo.

El hombre también se sentía agotado, pero sacaba fuerzas de flaqueza y seguía nadando, ayudando a Minea y echando una ojeada de vez en cuando al pequeño grifón.

Minea corría el peligro de ahogarse. Había tragado agua varias veces y tosía espasmódicamente. Sus brazos y piernas ya no respondían. De pronto, al patear por debajo de la superficie, Parrish exclamó:

—¡Toco fondo, Minea, toco fondo!

Habían llegado a la zona arenosa, cerca del inicio del brazo que unía Cayo Armstrong con el resto del continente.

Ayudó a la joven a ponerse en pie. Minea le abrazó, pero ya no

podía más. Parrish se la cargó sobre los hombros a modo de res y avanzó caminando, ya que el agua sólo le llegaba ahora a la cintura.

—Vamos, «Little», ya falta poco.

El perro semejó comprenderle y nadó más aprisa, puesto que é! todavía no tocaba fondo con sus pequeñas cuatro patas.

El estómago y vientre de Minea se comprimían contra la unión de los omoplatos del hombre, justo por debajo de la nuca, mientras su cabeza pendía con los cabellos empapados.

Al tiempo que avanzaban, Minea vomitaba por la boca y soltaba por la nariz, sin darse cuenta, toda el agua marina que había tragado, ya que su cabeza y tórax estaban más bajos de nivel que su estómago y pulmones.

La joven había perdido el conocimiento y su cabeza se balanceaba de un lado a otro, pero estaba viva.

La profundidad fue disminuyendo hasta el punto de que el agua llegó a cubrir sólo los tobillos del hombre.

El pequeño perro ya pudo avanzar por su propio esfuerzo, tocando fondo. Parrish prefirió no salir del agua hasta la arena ya seca para no dejar huellas que pudieran delatarles. Los sonelitas tendría que pasar por aquel lugar y si descubrían el rastro, lo seguirían hasta dar con ellos.

Al fin, llegaron al continente y Parrish, sin dejar de avanzar, se internó en la lujuriosa vegetación. Anduvo hasta que comenzó a clarear el día y entonces, dobló las rodillas dejándose caer al suelo sin desprenderse del cuerpo de la mujer que llevaba encima.

CAPITULO IX

Parrish despertó al sonido del gorjeo de unos pájaros. Abrió los ojos y lo primero que vio fue a «Little» sentado sobre sus cuartos traseros. Pensó que, posiblemente, nunca se volvería a saber nada de los anteriores amos de aquel perrito, quizá devorados por los sonelitas.

Se sentó y buscó a Minea que no estaba al alcance de su vista.

—¡Minea!

—¡Ahora vengo!

Al poco, apareció la joven de los cabellos negros que ahora ya estaban secos. En sus manos traía unas frutas que, por el color, parecían naranjas, pero su aspecto era de pequeños calabacines.

—¿Cómo estás, Parrish? Te he visto dormir tanprofundamenteque he preferido nomolestarte. De todosmodos, «Little» te estaba vigilando mientras yo recogía estas frutas.

—Gracias, «Little». —Tocó la cabeza del perro que cerró los ojos.

—Me temo que a quien no le va a gustar esta fruta, que es muy alimenticia, es al perrito.

—¿Seguro que esa fruta no es dañina?

—No, no temas, es muy rica en vitaminas A yCytambiéntienealgodeB en sussemillas, que sepueden mascar. Cuando sólo queda una pulpa vegetal, se escupe y las vitaminas ya se han asimilado.

Abrieron las frutas con las manos. Ofrecieron al perro, pero éste se fue hacia atrás moviendo la cabeza negativamente. Después, salió corriendo y al poco se acurrucaba junto a un tronco caído, llevando entre sus dientes una especie de langosta que casi tenía un palmo de larga.

—Vaya, ha sabido buscarse su comida —comentó Minea.

Tras comer, Parrish se sintió mejor. La fruta era refrescante y consiguió darle la sensación de tener el estómago lleno.

—Ahora tendremos que viajar a pie. ¿A cuántas millas estamos de la ciudad?

—Algo más de seiscientas, en línea recta —respondió la muchacha, sin ocultar la gravedad de su situación.

—Entonces, nos queda mucho por andar y no podremos hacerlo por la ruta habitual, so pena de ser descubiertos por los sonelitas.

—Si nos descubren, estaremos perdidos.

—Esta jungla parece muy feraz. Hay grandes extensiones de bosque que ocultan lo que nace bajo sus follajes. Lo malo será los pies, carecemos de calzado. Estábamos en la playa con los pies desnudos.

—Si buscamos terrenos suaves, podremos avanzar relativamente bien, lo malo será que nos hagamos heridas, porque no tendremos con qué curarnos. No tenemos ni cuerdas para improvisar un calzado. Lo peor es que nadie vendrá a rescatarnos. Son tantos los terrícolas que desaparecen que ya no son buscados.

—Con nuestra desaparición, el coronel Hetzger tendrá una buena excusa para efectuar barridas drásticas y cruentas.

—Será la guerra —opinó Minea.

—Será, no, es la guerra, una guerra que han declarado los sonelitas. Sus ataques ya no tienen ningún pretexto.

—Es cierto. Quizá, si es que logramos llegar a la ciudad, para entonces todo este planeta ya sea de los sonelitas yseamos los únicos terrícolas supervivientes.

—No creo que tengamos tan mala suerte.

—De todos modos, no lo sabremos hasta llegar. No poseemos ningún medio de información.

—Tomemos esta situación con filosofía, Minea. Según un antiquísimo proverbio chino, todo camino, por largo que sea, comienza con un primer paso, de modo que andando.

Iniciaron la marcha por la selva ecuatorial, buscando rutas que no dañaran sus pies descalzos.

Pasaron los días y fueron comiendo frutas y huevos que encontraron en nidos de pájaros, sin detenerse a preguntar a qué especie pertenecían.

Parrish observaba, sin decir nada, los esfuerzos sobrehumanos que hacía Minea para seguir adelante, siempre adelante, sin dejarse vencer por la fatiga.

Durante aquellos interminables días de avanzar entre la jungla, sus pies se fueron encalleciendo.

Parrish sólo tuvo que hacer uso de la pistola en una ocasión en que fueron atacados por un gran reptil constrictor que les había tomado como presa.

Una mañana, al despertar, se dieron cuenta de que la vegetación

era menos espesa. El terreno era más duro y la luz del sol llegaba con más claridad hasta ellos.

Los bosques de los grandes árboles con más de cien pies de altura habían quedado atrás; ahora, ’os árboles eran más bajos. La vegetación había cambiado, aunque seguía siendo abundante.

—Parece que hemos llegado lejos. ¿Qué te parece si damos a nuestros pies dos o tres días de descanso? —le propuso Minea.

—Creo que nunca me han dolido los pies como me están doliendo ahora, y hemos tenido suerte de que no se nos hirieran.

—Si se nos llegan a hacer grietas y comienzan a sangrar, habríamos tenido muchos problemas. —Miró a su alrededor—. Parece que estamos en una colina. ¿Subimos a lo alto y oteamos el horizonte?

—De acuerdo.

Cogidos de la mano y seguidos por «Little», ascendieron por la colina. Al llegar a la cima, Minea tuvo deseos de desahogar sus pulmones gritando, mas se contuvo mirando el valle que se extendía al otro lado del otero.

—¡Parrish! ¿Qué es aquello?

—Parecen factorías, aunque a distancia…

—¿Serán terrícolas o sonelitas?

—Hasta que no nos acerquemos no lo sabremos, pero si hay terrícolas, podrán ayudarnos.

—¿Y si son sonelitas?

—Evitaremos ser descubiertos y retrocederemos. Tal como tenemos los pies, no creo que podamos correr.

Descendieron por la colina procurando no ser vistos. Tuvieron que atravesar un riachuelo ancho pero de escasísima profundidad, con aguas transparentes en las que bebieron y se lavaron las caras. Después, avanzaron, teniendo que encaramarse a una especie de talud.

—La verdad es que desconocía la existencia de estas factorías en esta área.

—¿No será una mina a cielo descubierto?

—No lo sé. En mi labor en la administración y computadoras del centro de gobernación no tenía acceso a todos los datos; la verdad es que me ocupaba del aspecto de salarios y suministros.

—¡Qué horror! —exclamó Parrish, al divisar las grandes verjas y lo que se estaba moviendo tras ellas.

—¡Son niños sonelitas!

—Es una barbaridad, los hay a millares al otro lado de esa reja... Parece una factoría de pollos, bueno, en este caso, de niños sonelitas.

—¡Parrish, tú lo has dicho, es una factoría de sonelitas! No sabíamos de dónde salen tantos y tantos sonelitas y están aquí, delante de nosotros.

—¿No se reproducen como los terrícolas?

—Sí, por lo menos eso creíamos, pero ahora ya no sé qué pensar. Esto está lleno de niños sonelitas. Parece como si los retuvieran aquí hasta que se hagan adultos.

—A lo peor, hasta los engordan con pienso rápido para que se hagan adultos más rápidamente y puedan invadir el planeta con su sola presencia.

«Little» comenzó a ladrar con fuerza y muy nervioso.

—¡Cállate, «Little»!

—¡Parrish, Parrish!

Minea había agarrado por el brazo al hombre y cuando éste se volvió, tras ellos descubrió a los sonelitas. Como siempre, aparecían en multitud, cercándoles en arco y a su espalda ya no tenían el mar para intentar huir, todo lo contrario: Estaba aquella especie de granja gigante en la que se encerraban a los niños sonelitas por millares.

—¡No podemos huir, estamos cercados! —gimió Minea.

—¿No puedes intentar correr?

—¡No, Parrish, ya no puedo correr más!

—Entonces, les haremos pagar caras nuestras vidas.

Parrish empuñó la pistola, apuntando hacia los que avanzaban hacia ellos.

«Little» seguía ladrándoles. A Parrish, aquellos seres de largos cabellos blancos y aspecto leñoso, en cuyas pieles blanquecinas se transparentaban claramente las arterias y venas con gran contraste entre ambas, le parecían todos iguales. Era como verlos multiplicados a través de infinidad de espejos.

—¡Parrish, no me dejes morir sola!

—No temas, Minea, estaremos juntos.

Los sonelitas gruñían de aquella forma que ya conocían. Parrish jaló el gatillo y los primeros cayeron, barridos por el haz ultrasónico; sin embargo, seguían avanzando de forma suicida.

El ataque era en masa.

Ya era el tercer ataque de aquella clase que Parrish recibía. El primero, en su vehículo; el segundo, en la playa ecuatorial y ahora, el tercero y al parecer el último.

La pistola quedó descargada muy pronto. Parrish le había sacado todo el rendimiento posible, pero ya estaba agotada y no pudo hacer otra cosa que arrojarla contra la cabeza de uno de los sonelitas mientras éstos avanzaban en multitud sobre ellos, como unos seres inextinguibles, unos seres que no tenían fin, pues si uno caía, había diez detrás para ocupar su lugar. La impotencia física y numérica de los terrícolas resultó trágicamente total.

CAPITULO X

La celda no era muy grande. Tenía las paredes completamente lisas y blancas, sin escritos, como si jamás un terrícola hubiera sido encerrado en ella con anterioridad.

Era muy posible que los sonelitas no tuvieran la costumbre de los terrícolas, de escribir en las paredes de los lugares donde se les encerraba o retiraban voluntariamente, como en los lavabos públicos.

En aquella celda no había bancos ni' catres; sólo un suelo frío y liso y la puerta de plancha metálica, de forma que no se podía ver lo que había en el exterior.

Parrish, que había permanecido inconsciente tendido en el suelo, se sentó.

Recordaba haber perdido el conocimiento en la brutal y desigual pelea. Había logrado derribar a un buen montón de sonelitas mientras cientos de manos hacían desaparecer de su vista a Minea, a la que aún le parecía oír gritar de terror.

Había golpeado denodadamente aquellas caras de leño, pero había tantas, que tenía que sucumbir, y había sucumbido.

No había esperado despertar con vida por las referencias que tenía de aquellos ataques masivos, más por lo que podía comprobar, a él no le habían devorado.

Absorto en sus cavilaciones, vio abrirse la puerta metálica. Aparecieron varios sonelitas que no iban con las manos vacías, pues llevaban subfusiles como los utilizados por la Legión Flash.

Parrish conocía bien el valor de aquellas armas y hasta supuso que podían haber pertenecido a legionarios Flash, atacados por sorpresa. Hacía ya muchos días, incluso había perdido la cuenta de ellos, que no sabía nada de la ciudad, de los demás terrícolas que habitaban en el planeta ni del coronel Hetzger y sus legionarios.

—Terrícola, si atacas morirás —le advirtió el que parecía jefe de aquella patrulla de sonelitas que había ido a su encuentro.

—¿Qué queréis de mí? —interpeló abiertamente.

—No hagas preguntas y ven con nosotros. Si no obedeces, tendremos que disparar contra ti con mucho placer. Has matado a muchos de nuestros hermanos sonelitas.

—Sólo he hecho que defenderme —replicó Parrish.

—No hemos venido a dialogar contigo.

—Está bien. Creo que no me queda otro remedio que obedeceros, pero no conseguiréis exterminarnos.

—Camina —ordenó tajante el sonelita, apuntándole con su subfusil ultrasónico.

Escoltado por los sonelitas armados, Parrish anduvo por un angosto corredor iluminado artificialmente y que, por su blancura, daba

sensación de frialdad.

Al pasar por otra sala, vio a más sonelitas y…

—¡Parrish, Parrish!

Incluso, el pequeño perro ladró, filtrándose entre las piernas de los sonelitas. Parrish lo recogió del suelo, tomándolo entre sus manos.

—¡Minea! ¿Te encuentras bien?

—Dolorida, pero no estoy herida. Creo que no me ha pasado nada. ¿Y a ti?

—Tampoco.

—¿Qué van a hacernos, Parrish?

—No lo sé. Si nos conservan con vida será por algún motivo.

—Caminad juntos, no hablar —ordenó el sonelita que comandaba el grupo armado.

Prosiguieron por un pasillo y se introdujeron en un montacargas que les bajó dos pisos.

Salieron a otra sala y anduvieron por otro corredor. Habían perdido la orientación; aquello era un laberinto de túneles donde había salas y más salas, la mayoría de ellas desnudas, sin un solo mueble ni cuadro que rompiera la albura de sus paredes.

El jefe de los sonelitas se detuvo frente a una puerta y la abrió, comprendiendo Parrish que habían llegado a un lugar importante.

Pudieron ver un gran laboratorio donde varios sonelitas vestidos de blanco iban de un lado a otro, llevando frascos o blocs de notas.

Les ordenaron caminar hacia el fondo del laboratorio que era de enormes dimensiones. No tenía ventanales y toda la luz era artificial, colocada de tal forma que no se formaban sombras en parte alguna.

—¡Un terrícola! —exclamó Minea.

Un hombre que usaba gruesas lentillas, pues se le notaban, con aspecto de científico y que llevaba bigote y perilla, los observó con atención.

—Bienvenidos a la macromaternidad.

—¿Macromaternidad? —repitió Parrish—. Me lo figuraba.

—Un terrícola —repitió Minea por lo bajo.

—Creo que no debemos sorprendernos. —Parrish se encaró con el hombre del bigote y la perilla con aire de científico—. ¿Le debemos a usted estar vivos?

—Por el momento, sí.

Minea, como atacada por un impulso súbito, le inquirió:

—¿Qué hace usted aquí?

—Por favor, señorita, no es usted quien debe hacer preguntas, más bien respóndame: ¿Qué hacían ahí afuera, husmeando en torno a la granja?

—¿Granja, llama granja a esto?

A la pregunta de Parrish, el científico sonrió, mostrando mucho más sus dientes prietos, algo largos, y un tanto amarillentos.

—¿Por qué no?

—Una granja de sonelitas. ¿No es cierto?

El científico se levantó de detrás de la mesa. Sus ojos brillaban mucho; las gruesas lentillas que tenía pegadas a las córneas para corregir su visión, en algunos momentos centelleaban, dándole un aspecto algo diabó1ico.

—Soy el doctor Dordeaux y como podrán ver, no se me puede confundir con un sonelita.

—Usted es un terrícola —le espetó Minea con actitud acusadora, apuntándole con el dedo índice.

Como queriendo colaborar, «Little» le ladró.

—Doctor Dordeaux, doctor Dordeaux... —repitió Parrish pensativo —. Creo que he oído su nombre en alguna ocasión.

—¿Ah, sí? ¿Quién es usted? No llevaban documentación encima.

—Me llamo Parrish.

—¿El reportero Parrish?

—Él mismo.

—Pues, bien venido a la granja. Y usted, ¿señorita...?

—Minea. Trabajo en el secretariado de gobernación.

—Bien, bien. ¿No creen que están algo alejados de la ciudad?

Parrish comprendió que el doctor ignoraba lo ocurrido en Cayo Armstrong.

—¡Ahora, ahora lo recuerdo! —espetó, de pronto, Parrish.

—¿Qué es lo que recuerda?

—Su nombre. Usted pasó un año condenado a trabajos forzados en un asteroide de castigo y le fue retirada la licencia de médico investigador.

—Tiene usted buena memoria, Parrish, una excelente memoria.

—¿Por qué se la retiraron? —inquirió la muchacha.

—Creo recordar que fue un asunto de niños. Sí, utilizó niños terrícolas como cobayas y tres de ellos murieron.

—Siempre hay un riesgo —admitió el doctor Dordeaux.

—Es usted un cínico —le increpó Minea.

—Sí, hizo pruebas y los niños fallecieron, pruebas sin permiso alguno y prohibidas por una convención médica.

—Estupideces. A un médico no se le puede prohibir nada, no se puede coartar el espíritu investigador. No hay límites para la ciencia, para aumentar los conocimientos.

—Cuando los conocimientos pueden ser aberrantes, sí deben ser prohibidos.

—Muy bien, Parrish. ¿Y cómo sabe usted que un conocimiento puede ser aberrante?

—Considero que todos tenemos criterio suficiente, salvo que estemos locos, para determinar si nos hallamos en un camino aberrante como el que ha tomado usted, ahora, junto a los sonelitas.

—¿Cree que es una aberración lo que estoy haciendo?

—Usted lo sabe mejor que yo.

—¿Qué cree que hago yo aquí, qué piensa de mí? Es muy listo y ya habrá hecho su composición de lugar.

—Doctor Dordeaux, o mejor no le llamo doctor, puesto que le fue retirada la licencia.

—¡Soy doctor soy doctor! —puntualizó, excitándose. Aquel era, sin lugar a dudas, su punto débil.

—En este planeta ha ocurrido un hecho extraño y que se puede catalogar de catastrófico.

—¿Como qué? —preguntó Dordeaux, más calmado, y como dispuesto a regocijarse por lo que pudiera escuchar.

—Los sonelitas se han multiplicado en proporción geométrica. Se ha perdido el control de los sonelitas que existen ahora en BP-72, el planeta está infestado de ellos.

Satisfecho, como si acabara de oír un halago, Dordeaux rió levemente, sin separar las dos hileras de dientes.

—¿Usted ha ayudado a que haya tantos y tantos sonelitas que están devorando a los terrícolas? ¿Usted tiene la culpa?

—No se excite, Minea, y no es que yo tenga la culpa, sino que es mío el mérito. Es otra forma de ver las cosas, ¿no le parece?

—¡Es horrible, horrible! —exclamó la joven.

—La verdad, tenía ganas de hablar con alguien de mi especie. A alguien tenía que explicarle que se han equivocado conmigo, que jamás debieron retirarme la licencia y mucho menos condenarme a trabajos forzados en un asteroide de castigo. Que jamás a una mente privilegiada como la mía se la podía condenar a ser un sujeto pasivo y manual. Los sonelitas lo saben. Les dije que les ayudaría y lo he hecho, y con pleno éxito como habrán podido comprobar; pero necesitaba contárselo a los terrícolas.

—Comprendo. Los terrícolas sólo vemos la invasión demográfica de los sonelitas; ignoramos el nombre del culpable ni la forma en que esto ocurre.

—Exacto.

—Sin embargo…

—¿Qué?

—¿De qué le servirá que Minea y yo lo sepamos, si no podemos contarlo en el planeta Tierra, donde usted fue humillado?

Parrish había lanzado aquel cebo para ver si el doctor Dordeaux picaba y les ofrecía el modo de salir vivos de allí. No estaba seguro de conseguirlo, pero era una posibilidad que había que intentar explotar.

El científico se rió.

—Es usted pueril, Parrish, pueril, pero comprendo que no tenía otra salida. Ha reaccionado de una forma lógica al pedirme indirectamente

Que les deje libres para que vayan a pregonar por la Tierra que el artífice de la multiplicación geométricadelos sonelitasesel doctor Dordeaux.

—¿Y lo hará? —preguntó Minea.

—No lo sé, todavía no lo he decidido. En realidad, yo mando en la granja. Soy el director de este centro, el máximo responsable, pero ellos tienen un gobernador y un consejo v les aseguro que están dispuestos a quedarse el planeta, expulsando hasta al último terrícola.

—¿A usted también? —preguntó Minea.

—Yo soy la excepción. A mí me deben mucho; es decir, me lo deben todo. Sin mi sabiduría, sin mi ciencia, no se habrían multiplicado como lo han hecho.

Resultaba obvio que el principal pecado de Dordeaux era la vanidad. Estaba convencido de ser el más inteligente de los científicos terrícolas, y por allí le abordó Parrish.

—Lo que no comprendo es cómo lo ha conseguido.

Dordeaux introdujo los pulgares por detrás de las solapas de su

chaqueta blanca y se sentó en el borde de la mesa.

—Hace tiempo quedaron cortadas unas investigaciones sobre la reproducción de la especie humana de forma semiartificial. Estupideces... —Suspiró—. Se prohibió investigar en tal dirección; era terreno vedado. Lo cierto es que al principio tuvieron unos fallos estrepitosos y eso creó un estado de remordimientos entre los primeros investigadores que si eran inteligentes, no eran lo suficientemente fríos para llevar adelante su labor.

—Y usted sí lo era, porque para usted es lo mismo un niño que un ratón y si se pone hecho un monstruo o revienta, le da exactamente igual.

-—Cuando se investiga hay que tener la mente fría, de lo contrario no se pueden observar bien los errores o los aciertos. Yo poseo esa mente excepcional.

Parrish estuvo a punto de decirle que él tenía una mente perturbada, pero juzgó que no era el momento adecuado para acusarlo de enfermo mental y se contuvo, aunque le dijo:

—Y usted, como es lógico, no ha tenido remordimientos de conciencia por lo que ha hecho y lo que está haciendo.

—No, no he tenido ninguno. La ciencia es algo tan importante que escapa a los simples lazos de una civilización. Yo soy ciudadano de la Galaxia; soy un cerebro pensante y lo mismo da que sea terrícola, sonelita o hijo de otra civilización. Mi mente sólo está para investigar, no para ser sometida a unos intereses de raza o especie.

—Lo que está haciendo es una monstruosidad. Incluso, puede estar ayudando a destruir la raza de los sonelitas que han creído en usted.

—¿Destruirla? ¿Por qué, señorita? Yo les estoy dando la vida. Los multiplico para que numéricamente puedan ser fuertes. De no ser por mí, habrían tardado muchos siglos en ser la cantidad que ya son ahora. Yo he obrado ese milagro.

—¿Y cómo lo ha conseguido, doctor Dordeaux? —le preguntó Parrish para ganar tiempo.

—En este laboratorio y en la granja.

—¿Los cría como pollos? —inquirió Minea, con amarga ironía.

—Más rápidamente que si fuera una granja avícola, señorita, más rápidamente. Yo no espero a que la gallina ponga los huevos, sino que cuando la gallina es adulta, se los extirpamos y de una forma muy meticulosa y científica, los separamos en pequeñas cámaras de concepción. Del gallo, y siempre hablando en sentido figurado, extraemos los espermatozoides y también los separamos en mínimas dosis para distribuirlos al máximo rendimiento. Se conciben los óvulos y ya fecundos, comienza su engorde. El período de tiempo es el mismo que en su estado natural. Luego, nacen, se les alimenta artificialmente con piensos especiales y los sonelitas aumentan de volumen y peso con una velocidad sorprendente. A los diez años, tienen el aspecto de veinte, es decir, ya son adultos.

—Ahora comprendo por qué parecen tan imbéciles. En realidad, aunque tengan físico de adultos, cerebralmente son niños —objetó Parrish.

—Ese es un problema que se resuelve con el tiempo, porque luego el cerebro va madurando —dijo Dordeaux mirando a los sonelitas que estaban tras ellos vigilándoles, pero a una prudente distancia como para no escucharles.

—¿De modo que sacrifica a una gallina, como usted la llama, para obtener una reproducción artificial en serie?

—Exacto, señorita. Reproducción semiartificial, porque los elementos base son naturales. Como ya sabrá, la pareja sonelita tiene unas posibilidades de reproducción similares a las de los terrícolas. Lo normal es uno o dos hijos y en casos excepcionales, de diez a veinte, lo que no es frecuente. A lo largo de su vida, la hembra sonelita, de forma natural, desperdicia un mínimo de ochocientos óvulos fecundables. Como verán, la multiplicación es muy interesante. Una hembra, en vez de producir uno, dos hijos o con mucha suerte hasta veinte, con mi sistema proporciona ochocientos sonelitas. ¿No les parece interesante?

—¡Horrible, monstruoso! —exclamó Minea, con sinceridad.

—Doctor Dordeaux, puede estar satisfecho de su éxito, pero no deja de ser una monstruosidad. Está reproduciendo a los sonelitas como si fueran pollos y estoy seguro de que, además, esta reproducción semiartificial como usted la llama, está degradando la especie.

—¡No, son normales, son normales! —gritó de pronto, dando un puñetazo sobre la mesa.

—Lo dice usted demasiado vehemente, es como si pretendiera convencerse a sí mismo. ¿Cuál es el fallo que ha tenido?

—¡Ningún fallo, ninguno! Todo es perfecto. Es más, he equilibrado su raza en talla y peso y son más iguales unos a otros.

—Quizá eso sea lo que les haga parecerse más a una raza de insectos. Ahora son como insectos que devoran a los terrícolas; luego, cuando nosotros desaparezcamos, ¿qué pasará, se devorarán entre ellos?

—¡Eso no ocurrirá jamás! Se reproducirán hasta ser dueños del planeta y ser suficientes para mantener su hegemonía aquí, evitando ser invadidos por civilizaciones como la nuestra. Después, la reproducción volverá a su estado natural.

—Quizá eso no vuelva a ocurrir jamás, doctor; quizá siempre se reproduzcan ya de esta forma y al ser demasiados aquí tengan sus guerras intestinas hasta que decidan salir a invadir otros mundos.

Apenas había terminado de decir aquello cuando, a su lado y encarada con el doctor Dordeaux, Minea estornudó con fuerza sorpresiva.

—¡Señorita, tenga usted más cuidado! Me ha salpicado con su estornudo —protestó el doctor Dordeaux, sacudiéndose.

—Lo lamento, ha sido inesperado hasta para mí misma; debo haberme resfriado. Vamos descalzos y con ropa para el área ecuatorial. Mientras andábamos no ocurría nada, pero desde que nos han secuestrado en esta maldita granja me he enfriado. Era lo mínimo que podía ocurrirme después de todo lo que hemos pasado. Tantas horas en el mar y caminando también por ciénagas. En fin... —Y volvió a estornudar.

—¡Fuera, fuera de aquí! —gritó el científico, enfureciéndose.

A un gesto del doctor Dordeaux, los sonelitas armados se les acercaron apuntándoles con sus subfusiles ultrasónicos.

—Oiga, doctor, ¿nos dejará libres? —preguntó Parrish.

—No sé si merece la pena. De todos modos, se enterarán más tarde o más temprano de que yo soy el genio que ha salvado a los sonelitas. ¡Ahora, fuera, fuera!

Sus gritos demenciales se pudieron escuchar a lo largo y ancho del inmenso y monstruoso laboratorio, mas antes de ser sacados de él, Parrish y Minea pudieron oír un estornudo. Esta vez había sido el doctor Dordeaux, contagiado del virus de Minea, de forma instantánea.

CAPITULO XI

Encañonados por subfusiles, fueron sacados del laboratorio de aquella granja monstruosa levantada en el planeta BP-72 por una mente retorcida y vengativa.

—¿Qué haremos ahora, Parrish?

—No lo sé.

—¿Y la Legión Flash?

—Quizá tenga problemas y sólo trate de imponerse en la ciudad. Lo malo será si destruyen la estación astral.

—Y todo por ese loco de Dordeaux...

Avanzaban por un corredor estrecho. De pronto, Parrish soltó un brazo como un látigo a nivel de hombro y de adelante hacia atrás, dando de lleno con el canto de su mano en el rostro del sonelita que parecía jefe de la patrulla.

El sonelita de largos cabellos blancos cayó hacia atrás, empujando a otro de sus compañeros.

—¡Coge un arma, Minea, un arma! —le gritó Parrish mientras trataba de impedir que los sonelitas llegaran a emplearlas.

Luchó a puñetazos y patadas con ellos, sin darles oportunidad para utilizar los subfusiles ultrasónicos. La estrechez del corredor favorecía a Parrish.

Uno de los sonelitas llegó a emplear su arma, pero sólo consiguió alcanzar de lleno a uno de sus compañeros, pues Parrish saltó a tiempo.

Un subfusil cayó al suelo. Minea trató de cogerlo, pero uno de los sonelitas extendió su brazo leñoso hacia el arma, para recuperarla «Little» entró en acción y aunque pequeño, atrapó entre sus

mandíbulas la muñeca del sonelita, evitando así que recogiera el arma que Minea tomó y disparó rápida hacia el sonelita.

Parrish cogió otro de los subfusiles disparó contra uno de los sonelitas que trataba de huir por el corredor, evitando así su fuga y que cundiera la alarma.

Lo mismo Minea que Parrish dispararon contra los sonelitas, aniquilando a los cinco que les habían escoltado. Parrish recogió las otras armas.

—Minea, pon potencia media.

—¿Sólo media?

—Sí. Podrás derribar una pared, pero no harás que caiga el edificio.

—Lo que tú digas. ¿Qué haremos, ahora?

—Salir de aquí antes de que volvamos a estar rodeados de sonelitas, pero antes...

—¿Qué?

—Hay que regresar al laboratorio.

Minea volvió a estornudar.

Corrieron hasta el laboratorio y entraron empujando la puerta violentamente. Los sonelitas quedaron sorprendidos ante su irrupción v lo mismo Minea que Parrish les dispararon sin vacilaciones.

Los sonelitas que allí trabajaban, cogidos por sorpresa, saltaban por los aires alcanzados por el rayo ultrasónico o sus cabezas estallaban ante la potencia de los disparos, que no era corta sino la media y, por lo tanto, con un poder muy superior al simple de atacar a seres vivos.

—¡Maldita sea, no podremos buscarlo, ahora! —gruñó Parrish al nover por parte alguna al traidor Dordeaux, expulsado del campo de la investigación en el planeta Tierra.

—¿Qué hacemos?

—Dispara contra los anaqueles, contra los aparatos. Hay que destruir el máximo, no pienses en lo que pueden contener.

—¿Son embriones?

—Calla y dispara.

Los subfusiles ultrasónicos escupieron su haz destructivo. Todo cuanto era alcanzado estallaba en miríadas de pedazos.

El ruido atronador se mezclaba con quejas de dolor y extraños gruñidos y gemidos que conformaban un caos. En pocos segundos dejaron totalmente destrozado el gran laboratorio subterráneo de la granja, donde una mente monstruosa y diabólica multiplicaba geométricamente a aquellos seres sedientos de venganza y poder.

Era obtener alrededor de cien sonelitas, por cada uno que se hubiera reproducido de forma natural.

Se apagaron las luces y Parrish arrojó uno de los subfusiles, consumida ya su carga. Tomando a Minea por el brazo, apremió:

—Salgamos de aquí.

Aún a oscuras, «Little» no se separaba de ellos. Abandonaron el laboratorio destruido y se metieron por los corredores. Comenzaron a aparecer más sonelitas frente a ellos y tuvieron que hacer uso de sus armas.

Pasaron por encima de los cadáveres de aquellos seres medio artificiales, posiblemente sin ninguna clase de cultura y con la impresión de ser algo amorfo, algo que no tenía que ver con los auténticos sonelitas.

—¿Subimos al montacargas? —inquirió Minea.

—No, podría ser una ratonera para nosotros. Subiremos por las escaleras.

Parrish destruyó el montacargas, bloqueándolo con un par de disparos ultrasónicos.

—¿Podremos escapar de aquí?

—Espero que sí, todo depende de que arriba encontremos algún vehículo.

—Seguro que tendrán una flota de *buses* y *hover-crafts* para traer suministros a este centro.

—Entonces, despidámonos de los sótanos de la granja —dijo Parrish, cuando llegaban a una amplia sala que va dejaba ver la luz de la estrella que daba vida a BP-72.

Parrish dio al subfusil su máxima potencia y disparó contra la entrada de los sótanos.

Se produjo un gran fragor. Semejaba que todo el planeta se fuera a resquebrajar. La tierra tembló y se desplomaron paredes y escaleras. La entrada a los subterráneos quedó cegada por toneladas de cascotes y escombros que levantaban una gran polvareda que ascendió por encima de la edificación.

—¡Parrish, afuera está lleno de sonelitas! —advirtió Minea mientras el pequeño «Little» ladraba furioso, quizá para mitigar su propio terror ante tanta destrucción como estaban causando sus nuevos amos.

—Trataremos de salir por la parte de atrás. Esto parece muy grande.

Parte del edificio se había desmoronado, pero pudieron correr sin problemas. Cruzaron varios patios enrejados y, de pronto, se encontraron con una multitud de sonelitas.

—¡Vienen hacia nosotros!

—No están armados; esta vez no. nos dejaremos coger.

Dispararon sobre ellos en horizontal y en arco. Eran subfusiles lo que ahora utilizaba la pareja terrícola y no las pistolas simples, por lo que hicieron huir a un buen número de sonelitas, a la vista del tremendo barrido que se hacía con ellos.

Minea volvió a estornudar mientras corría. Parrish le dijo:

—Allí veo un gran garaje, vayamos hacia él.

Por suerte para ellos, el garaje no tenía vigilantes armados. En realidad, no esperaban un ataque tan furioso como el que estaban llevando a cabo los dos terrícolas en su huida.

—¡Aquel *hover-craft* parece más ligero y veloz, subamos a él! —indicó Parrish corriendo hacia el vehículo.

—Esperemos que funcione.

—Tú conducirás.

—¿Dónde estarías tú?

—Encima. Anda, hay que salir de aquí. ¿Sabrás hallar la ruta hacia la ciudad?

—Creo que sí —asintió Minea.

El *hover-craft* se puso en marcha. Parrish se arrodilló sobre la carlinga, procurando no perder el equilibrio a causa de la velocidad del aparato que se elevó cuatro pies sobre la superficie del suelo, creando el colchón de aire sobre el que se deslizaría para su traslación.

Cuando se hubieron apartado del garaje, Parrish disparó su arma hacia él, procurando destruir los otros vehículos allí encerrados.

Se abrieron las verjas donde se contenía a los sonelitas para su crianza y desarrollo.

Parrish disparó sobre ellos causando muchas bajas, pero por una de las fachadas de la edificación principal de la granja reproductora aparecieron dos *hover-craft* que iban en su persecución. Minea también los vio por la pantalla retrovisora.

Hubo un intercambio de disparos. Parrish, que había pertenecido a la milicia astral, sabía cómo llevar a cabo una lucha y las dos naves sonelitas estallaron en medio de grandes llamaradas.

Mientras se alejaban, Parrish, que tenía varios sub- fusiles, hizo diversos disparos sobre las edificaciones de la granja, derribándolas en medio de terribles estruendos.

Tenía que destruir el máximo posible de aquel lugar, verdadero nidal de los sonelitas. Al fin, lo perdieron de vista y Parrish golpeó el techo del vehículo. Minea lo detuvo, abrió la carlinga y el hombre se introdujo en ella.

—Creo que les hemos dado una severa paliza.

—Parrish, no me encuentro muy bien.

Se inclinó hacia la muchacha que tenía el rostro sofocado.

—¿Qué te sucede?

—No sé, me duele la cabeza, no me siento bien. Se me cierran los ojos.

Le tocó la frente v las muñecas.

—Anda, pasa al otro asiento, tienes algo de fiebre. Ya conduciré yo en adelante.

—Lo que quieras.

No tardó en quedar traspuesta, con estremecimientos espasmódicos, mientras Parrish, sin hacer nada, la vigilaba de reojo.

CAPITULO XII

El coronel Hetzger se mostraba frío, más quienes le conocían se daban cuenta de que estaba muy preocupado.

—Que pase —ordenó, a través del dictáfono que tenía sobre su mesa despacho.

Al abrirse la puerta apareció Parrish. Tenía ropa nueva y usaba casco.

—Tome asiento, Parrish.

Parrish se sentó. Tenía el gesto sombrío y se percató de que Hetzger estaba muy preocupado. No dijo nada y aguardó a que hablara el comandante en jefe de la Legión Flash.

—¿Sabe para qué le he pedido que viniera a verme?

—Espero que me lo diga. La situación está muy fea v usted sigue sin permitirme enviar un reportaje a la Tierra para que sea pasado por los informativos.

—Esperaba órdenes de nuestro gobierno. Usted lo ha dicho, la situación es muy fea. Hemos tenido muchas bajas en la Legión Flash. Esos sonelitas se han armado en lo que han~ podido. Le ofrezco el grado de capitán de una compañía en funciones. No será ningún compromiso a largo plazo; cuando esta situación termine podrá volver usted a su situación civil normal.

—¿Quiere militarizarme?

—No vea astucia en mí ahora, Parrish. Sé valorar a los hombres y le confieso que sólo a un sujeto como usted le ofrecería el grado de capitán en funciones sin pertenecer a la Legión Flash. Tengo excelentes suboficiales que están esperando ascender.

—Pues, asciéndalos.

—Parrish, los sonelitas han destruido la antena de la estación astral; no podemos enviar ningún mensaje. Hay que reparar la antena y los que han quedado sitiados en la estación astral carecen de suministros suficientes; hay que mandárselos.

—Y usted está buscando un voluntario, ¿verdad?

—Sí.

—No se anda con rodeos.

—Por supuesto, no iría solo, llevaría uno o dos vehículos acorazados y un vehículo de carga con víveres para los sitiados de la estación astral y el material que necesitan para reconstruir la antena.

—¿Cree que tres vehículos lograrían llegar a la estación astral? Los solenitas se han levantado de forma masiva. Ya no son simples ataques callejeros donde devoraban a sus víctimas para no dejar huellas. Son ya decenas de miles de millares. Nosotros, los terrícolas, somos una minoría ínfima; sólo quedan los defensores de la estación astral que están dispuestos a morir luchando y que ofrecen una resistencia que mantiene a raya a los sonelitas, pero éstos conservan un cinturón de sitio que les impide salir. Luego, estamos nosotros aquí, en el área residencial, también bloqueados. En las minas y áreas vacacionales no queda un solo terrícola vivo.

—No esperaba que tuvieran armas.

—Algunas armas las robaron a sus hombres, coronel —puntualizó Parrish.

—Es cierto. Fueron atacados y muertos, se apoderaron de varios vehículos acorazados y tenemos suerte de que no posean atomcópteros de combate; estaríamos perdidos.

—Su objetivo es aniquilarnos y destruir todas las pruebas. Apoderarse del planeta y seguir su vida. Cuando en la Confederación Galáctica se notificara la protesta del gobierno de la Tierra, serían ya hechos consumados.

—Y pensar que toda esta masacre se debe a un terrícola…

—Sí, a un ex doctor llamado Dordeaux.

—¿Destruyeron ustedes la granja?

—Lo que pudimos de ella, coronel. Con los laboratorios ya no pueden contar hasta que los reconstruyan. Por el momento, la cifra de sonelitas está estabilizada. ¿Y del gobernador sonelita qué se sabe?

—Logró huir antes de que lo hiciéramos preso, lo tenía todo listo. Debe hacer ya algún tiempo que están madurando esta invasión que no es en absoluto pacífica. Si no recibimos ayuda de la Tierra, no sé cuánto tiempo resistiremos. Apenas somos ya un par de cientos y ellos son decenas de millares, quizá más. Hay que pensar que pueden ocupar otras áreas del planeta, hasta es posible que tengan otras granjas.

Parrish se lo quedó mirando atentamente. Al fin, dijo:

—De acuerdo, coronel, acepto el grado de capitán en funciones, pero con completa autonomía.

—¿Quiere decir que acepta la misión de intentar llegar a la estación astral con los suministros que les hacen falta?

—Sí.

—Debo advertirle que tiene el noventa por ciento de posibilidades de ser destruido antes de llegar.

—Es un riesgo que correré, pero a cambio, el primer mensaje que se envíe a la Tierra sería mío. ¿Comprendido?

—Correcto. Después de todo, ¿qué más da ya que se enteren en toda la Galaxia de lo que aquí ocurre? Los que han roto el pacto han sido los sonelitas. En este planeta se vivía en paz hasta que pusieron en marcha este plan de invasión total.

—Entonces, me pondré en marcha esta misma noche. Quiero los mejores hombres para el combate. Batirán una zona que marcaremos en el mapa antes de que nosotros nos lancemos a ella con nuestros vehículos. Los cañones ligeros destruirán cuanto quede en la zona batida. Ellos se descompondrán e incluso replicarán, pero podremos infiltrarnos por el área asolada. Si tenemos suerte, llegaremos a la estación astral.

—Parrish —Hetzger hizo una pausa intencionada—, la estación astral no puede ser destruida. Es nuestro enlace con la Tierra, tanto en telecomunicaciones como para viajar.

—Lucharemos, pero no se puede garantizar nada, coronel. Han estado demasiado tiempo ocultando esta situación a teda la Galaxia. Debieron confiar más en los medios informativos, se habría creado un estado de conciencia. Les hemos dado demasiado tiempo para multiplicarse, organizarse e incluso armarse. Ahora, somos una minoría dividida en dos puntos. Tenemos muy pocas probabilidades de resistir, pero si nos quedamos quietos, no tendremos ninguna.

—Es cierto. —El coronel suspiró—. La verdad es que con nuestra Legión Flash no hemos conseguido impresionar a los sonelitas. No les importa morir porque saben que detrás de ellos hay muchos más y nosotros no teníamos autorización para exterminarlos.

—Lo comprendo, coronel —dijo Parrish.

Poniéndose en pie, le tendió la mano. El comandante de la Legión Flash apretó los labios y estrechó la mano que se le ofrecía.

—Gracias. Por cierto, ¿cómo se encuentra Minea?

—Mucho mejor. Ha sufrido un proceso gripal del que está saliendo bien. Ha sido muy virulento, le ha atacado las vías respiratorias, pero como estaba sana y tenía bien sus defensas naturales, con la ayuda de fármacos el médico la ha curado sin problemas. En tres o cuatro jornadas más estará como nueva; la fiebre ya quedó atrás,

—Me alegro. Lo pasaron ustedes muy mal en la huida del área vacacional.

—Sí, bastante mal. Un proceso gripal era lo mínimo que se podía coger con los calores y fríos que pasamos por aquellas tierras con ciénagas. En fin, hubo de todo.

—Fue una suerte que encontraran la granja de reproducción y con ella la explicación de todo lo ocurrido, pudiendo destruirla además.

Una hora más tarde, Parrish se despedía de Minea que reposaba en una cama.

—Parrish, será un suicidio.

—Será un suicidio si nos quedamos quietos aquí.

—Tú no eres un legionario Flash.

—Ahora lo soy, de forma interina. No te preocupes, volveré por ti. Ahora que te he conocido no voy a dejar que seas para otro.

—Para nadie, Parrish, para nadie, si tú no regresas.

—Tonta.

Se abrazaron. A Parrish le estaban esperando dos vehículos acorazados ligeros y un vehículo de carga que les haría ir más lentos; sin embargo, todo estaba previsto.

La Legión Flash se las veía y deseaba para que los sonelitas no invadieran las dos únicas áreas que aún pertenecían a los terrícolas.

Millares y millares de sonelitas aguardaban para el asalto final. Hacía un par de días que no se les veía; se les suponía agazapados, esperando el asalto final y definitivo a los reductos de los terrícolas. De cuando en cuando, efectuaban unos disparos. Si atacaban todos en masa y al mismo tiempo, sería difícil, por no decir imposible, contenerlos.

A la hora convenida comenzaron a disparar los cañones de media distancia, batiendo toda el área marcada en el mapa. Bajo aquel fuego intenso que hacía que los edificios completos se vinieran abajo y zonas edificadas quedaran lisas como la palma de la mano, los vehículos iniciaron la marcha.

Abandonaron el área protegida y se internaron en la zona sonelita mientras la tierra temblaba a causa de los impactos del cañoneo.

Hubo intercambio de disparos entre las naves que avanzaban al máximo de velocidad que daba de sí el *hover-craft* de carga, mientras los vehículos acorazados ligeros la escoltaban.

—¡Parece que han depuesto el fuego, capitán! —exclamó uno de los legionarios Flash.

—Es cierto —admitió Parrish—. Esperábamos más resistencia.

Con un éxito que les sorprendió, llegaron sin bajas a la estación astral donde fueron recibidos con vítores.

—¡Atención a todos! Tienen que ponerse a trabajar; hay que reparar la antena de emisión y recepción cuanto antes y pedir ayuda

a la Tierra —ordenó Parrish.

Los supervivientes de la estación astral, que habían sabido resistir los ataques sonelitas, se pusieron a trabajar de inmediato.

Parrish preparó un corto reportaje de urgencia dirigido a Paulson, director de la agencia Independent Tele-Informative. Ya que él le había propuesto aquel viaje, tenía el derecho de la primicia.

Acto seguido, el coronel Hetzger enviaría el informe oficial de lo que estaba sucediendo.

—¡Capitán Parrish, capitán Parrish!

Ante aquella llamada apremiante, levantó la cabeza y buscó con la mirada. Ahora, él también vestía el uniforme de la Legión Flash.

—¿Qué ocurre?

—¡Vienen con bandera blanca! —dijeron dos legionarios que se le habían acercado corriendo mientras los empleados de la estación astral reparaban la antena.

—¿Bandera blanca, qué dicen?

—¡Venga, los tenemos iluminados con los focos!

Salió a la puerta grande. Efectivamente, en el exterior, y a poca distancia, se hallaban dos seres. Parrish los reconoció inmediatamente.

—Dordeaux y el gobernador sonelita...

Dordeaux estaba un par de pasos delante del gobernador. Era el terrícola quien llevaba la bandera blanca y miraba angustiado a su alrededor.

—-¡Parrish, Parrish!

—¿Qué pasa, Dordeaux; se le han acabado los sonelitas? ¿Cómo va su granja?

—¡No sea sarcástico, queremos negociar!

—¿Negociar, el qué?

—¡Venga! —suplicó a gritos Dordeaux.

—No vaya, capitán, puede ser una treta —le advirtió uno de los legionarios Flash.

—Voy a hablar con ellos. Si ocurre algo, disparen sobre nosotros.

—¿Y usted?

—Olvídense de que estoy delante, disparen. Ese terrícola es el más peligroso de los enemigos. Él es el culpable de la multiplicación de los sonelitas, él es el traidor.

Todos se quedaron mirando fijamente al hombre que el propio Parrish acababa de señalar como el traidor.

Parrish fue a su encuentro bajo la intensa luz de los focos.

—¿Qué les pasa, ya no pueden aguantar más? —preguntó abiertamente.

El científico miró al sonelita y éste habló con su peculiar acento, oscuro y gutural:

—Queremos la paz, queremos vivir como antes, en hermandad con los terrícolas. Terminemos esta guerra. Terrícolas y sonelitas hemos sufrido suficientes bajas.

—¿Cuál es la prueba de buena voluntad? Es difícil creerles, después de lo que han hecho.

—Les entregamos a este hombre. Estamos seguros de que querrán castigarle.

—Naturalmente que sí.

—¡No, no pueden hacerme eso ahora, traidores, traidores! —chilló Dordeaux tratando de golpear al gobernador sonelita con el palo de la bandera.

Parrish le retorció el brazo, controlándole.

—¡Capitán! ¿Necesita ayuda? —gritó un legionario.

—Que venga un legionario para arrestar a este hombre. Hay que ponerlo bajo vigilancia.

—¡Parrish, no les dé la paz! —gritó Dordeaux—. ¡Son unos imbéciles traidores, se rinden ahora porque están acabados!

—¿Acabados? Son muchos, ¿no?

—Ya no, sólo quedan unos pocos.

—¿Pocos, qué dice?

El gobernador sonelita se mantuvo callado, como dándose cuenta de que, más tarde o más temprano, se descubriría todo.

El legionario Flash llegó y esposó a Dordeaux, pero Parrish le pidió:

—Espere, que hable un poco más.

—La epidemia, la maldita epidemia de gripe los ha matado. Sólo están vivos los que nacieron de forma natural, porque tenían defensas. Los que han nacido en la granja, que es casi como decir todos, han enfermado y mueren a millares. No hay salvación para ellos, carecen de anticuerpos. Sus pulmones se llenan de pus, se asfixian y mueren de una forma atroz, todos, todos.

—Su plan ha fracasado, doctor —le dijo el sonelita—. Terrícolas y sonelitas nos hemos estado matando y no ha servido para nada. El plan de multiplicarnos para invadir el planeta ha fracasado. Nadie de los nacidos en el laboratorio queda vivo.

—¡Maldita gripe! La chica que iba con usted tuvo la culpa. Ella me contagió a mí y yo a ellos. Ha sido fulminante —gruñó el científico—. Los terrícolas resistimos bien la gripe, pero los que carecían de defensas naturales han sucumbido sin remedio.

Parrish se lo quedó mirando con fijeza y opinó:

—Si no fuera trágico, sería de risa. Donde no han podido las armas ultramodernas ha vencido el virus de la gripe. ¿Quién podía imaginarlo?

—¡Aplastad a los sonelitas; ya veis que no se puede fiar uno de ellos! —chilló Dordeaux fuera de sí.

Parrish buscó la mirada del gobernador sonelita que se la sostuvo con gallardía.

—Creo que lo sucedido les servirá de lección. Hablaré con el coronel Hetzger para que cesen las hostilidades; sin embargo, todo este planeta quedará a disposición de la Confederación Galáctica para que en el futuro no se repita la misma tragedia.

—Es justo.

—¡Legionario!

—A la orden, capitán.

—Llévese a ese terrícola y enciérrelo bien; deberá ser juzgado con la máxima severidad—. Se encaró con el gobernador y añadió—: Usted, venga conmigo. Estableceremos comunicación con el coronel Hetzger; creo que él también se alegrará de que todo haya terminado. Y no sufra por los sonelitas muertos a decenas de millares por causa de la gripe. En realidad, no eran auténticos sonelitas sino un subproducto aberrante v monstruoso que la propia naturaleza se ha encargado de exterminar para que la raza de ustedes no quede degradada. ¿No opina lo mismo?

—Sí, tiene usted razón —aceptó el gobernador, acompañándole.

No se volvió a oír ningún disparo más. Al día siguiente comenzaría el largo proceso del entierro de los sonelitas exterminados por el virus gripal que había resultado mortal para ellos.

Dos semanas más tarde, el coronel Hetzger despedía a Minea y a Parrish que se disponían a regresar al planeta Tierra.

—He cursado orden para que les reserven el mejor *cottage* en las Cataratas del Niágara.

—Gracias, coronel Hetzger, aprovecharemos bien el favor —le contestó Minea.

Poco después, el duro e implacable coronel Hetzger, que quedaba como gobernador del planeta BP-72 durante un tiempo, vio cómo la pareja desaparecía, convirtiéndose primero en algo luminoso y después en unchorro de neutrinos que apuntaba hacia el planeta Tierra.

Para iniciar el viaje, ambos se habían cogido de la mano. La pesadilla de la invasión sonelita había terminado.

FIN